

La Esfera

Año II * Núm. 92

Precio: 50 cénts



La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi ☐ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 „	Seis meses . . 25 „

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año. 25 pesos, moneda nacional
(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:
Sres. ORTIGOSA y COMPAÑÍA—Rivadavia, 693)

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◊ Apartado de Correos 571 ◊ Dirección telegráfica, Telefónica :: y de cable, Grafimun ◊ Teléfono, 968 ::

EN PRENSA

Este es el mal

de que agoniza España...

POR

DIONISIO PÉREZ

Un tomo, de más 200 páginas,

2,50 PESETAS

Los correspondientes de «Prensa Gráfica» pueden hacer sus pedidos á esta Administración

En la República Argentina: Sres. Ortigosa y Cia., RIVADAVIA, 693, BUENOS AIRES

PATHÉ FRÈRES

VENTA DE CINEMATÓGRAFOS

Alquiler de películas de todas las marcas

:: :: de Europa y América del Norte :: ::

REPRESENTANTE EN MADRID Y SU PROVINCIA:

J. CAMPÚA D.^a Bárbara de Braganza, 22

LITERATOS ESPAÑOLES



D. NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR

Ilustre poeta, famoso por sus cantares, y una de las personalidades más salientes de la bella ciudad de Málaga

FOT. CAMPDA

EL POETA DE LOS CANTARES



D. Narciso Díaz de Escovar, en su despacho

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

Topos conocéis la historia de D. Narciso. Hablar, pues, de su enorme labor como poeta, historiador, periodista, literato, novelista y dramaturgo, sería repetir al público lo que el público sabe de memoria. Siendo esto inconcuso, nuestra misión de hoy, en estas páginas flamantes, se reduce á poner de relieve detalles íntimos del poeta, menudencias grandiosas de su vida.

ooo

Difícil es que nadie, por muchos años que viva, sobrepuje con éxito la enorme cifra de cantares que publicó D. Narciso. Malagueñas, guagiras, seguidillas, granadinas, soleares y fandangos... Penas, alegrías, ambiciones, sueños de su vida... ¡Nueve mil ciento sesenta y ocho!... No es posible llegar á más como no lo haga el propio don Narciso.

Nada vale para él ninguna de sus comedias, ninguno de los quinientos sonetos que ha puesto en circulación, ni siquiera una sola de sus numerosísimas y heterogéneas composiciones. Su mayor alegría son los cantares. Muchos de ellos, los que acaso consideró peores, fueron de boca en boca por esos campos, por esos pueblos, diciendo sus sentires, sus querellas, su anhelo, su angustia, su esperanza...

Maestro de poetas, de novelistas y de escritores, tuvo discípulos que le honran hoy con la fama de sus glorias. D. Narciso corrigió los primeros versos del malogrado Ramón Urbano. El ilustre Ricardo León le llama su maestro. El bueno, el inolvidable Arturo Reyes puso en manos de D. Narciso su primer manuscrito de poesías... Para todos tuvo elogios y consejos y, lo que es más raro: protección decidida y noble. A este propósito se nos ocurre citar un hecho curiosísimo.

Siendo nuestro poeta redactor de *El Mediodía* le enviaban á menudo charadas firmadas por *Dos y medio*. Tales envíos le agradaban mucho á D. Narciso y un día, lleno de curiosidad, preguntó al chiquillo portador de los trabajos quién era el autor de ellos y si había alguna razón ó era cosa de gusto ahijarlos con tan extraño seudónimo. Dijo entonces el «chavea» que los hacía un primo suyo, aficionado á componer acertijos y hasta sonetos si se terciaba. Luego de esto justificó lo extraño de la firma con esta ingeniosa combinación: mi primo las hace, otro las acierta y yo las traigo; por eso firmamos *Dos y medio*.

Quiso, pues, D. Narciso conocer al autor de los trabajos y al día siguiente se le presentó en la redacción del periódico un joven delgaducho, moreno y tímido que todo azarado se confesó autor de las charadas... Dos días después le presentaba un soneto y un romance que, gracias á D. Narciso, dieron lugar á que el joven delgaducho fuese admitido en la redacción de *El Mediodía* poniéndose en amistad con Relosillas, los Franuelos y otros notables escritores cuya buena voluntad se ganó también el charadista.

Que era Salvador Rueda, el hoy poeta consagrado.

ooo

Cuando Moret, gran amigo de D. Narciso, le nombró Delegado Regio de primera enseñanza, fué para el poeta la hora más alegre de toda su vida. Era un puesto que ni soñado para él. Poeta verdadero, adora como Cristo á los «chaveas». En ese cargo pone toda su actividad, su buena fe, sus entusiasmos de hoy. Ha conseguido que los niños le quieran como á un hermano mayor que gusta sentir y reír con ellos. Una vez en el Parque, otra en el Instituto repartiendo los jugue-

tes que recabó por sí solo, más tarde en el teatro, en los cines, en las escuelas, en todas partes, miles de labios infantiles vitorean, año tras año, al bueno de D. Narciso. ¡Viva D. Narciso Díaz de Escovar!... ¡Vivaaa!... responden siempre los «chaveas». Pero siempre también hay alguno travieso y humorista que hace juegos *gramaticales* con el último apellido del poeta. Y entre una ovación sonora, revuelto con las palmas, cruje en el aire un grito irónico, recortado y fatal, como una sátira frívola... Y en ese instante, quedamente, distraidamente, busca el poeta con sus ojillos azules al atrevido chicuelo que lanzó aquel humorismo... Ya sabe quién es. Ya lo tiene en su regazo. Y cuando el chico espera un azote por su horrible travesura va el poeta y lo acaricia como si fuera su madre. Y encima le regala dulces. Y le mira y se ríe como diciéndole: di lo que quieras, hombre... ¡si yo no me disgusto!...

Y es fama que el osado pequeñuelo llora entonces su desdichada irreverencia, y queriendo enmendar su aguda pifia, lanza un ¡viva D. Narciso! que parte los corazones...

La infancia es así; pero este hombre gigantesco es un pedazo de pan.

ooo

Con la olvidada trágica Doña Silveria del Castillo y en unión de Ruiz Borrego y Mendoza fundó en Málaga la Academia de Declamación, Música y Buenas Letras. De allí salieron á escena los mejores comediantes. Treinta años de vida lleva ya la Academia. Entre todos sus discípulos hubo muchos que ocuparon puestos eminentes. Pero es lo cierto que la mayoría de los que allí se educaron no ha vuelto á ocuparse más de su antigua casa solariega.

Díaz de Escovar tiene á su cargo las clases de Historia del teatro y Retórica y Poética. Da gusto asistir de noche á la cátedra de D. Narciso. Para nosotros, los que no somos niños desgraciadamente ni pasamos tampoco del mocerío, tiene grandes encantos la clase de este poeta. Románticos falaces —falaces á viva fuerza, por la fuerza de la vida—hemos venido á menos en el trato con las Musas y vamos tirando como unos pobrecitos vates sin esperanza y sin lira. Quiere decirse que odiamos la historia y preferimos la gracia viva y picaresca de las alumnas bonitas; la realidad palpable y tangible de lo que con cierta opulencia desdeñosa se llama naturalismo prosaico... ¡Vaya usted á ver lo que sería de nosotros sin esa barbaridad! Pero, en fin, sea lo que sea, tenemos por seguro que hasta el mismo D. Narciso ha de olvidar un punto la grave condición del gineceo femenino y quieras que no tendrá que revolver los siglos y los cómicos y hacer de la asignatura un verdadero rompecabezas siempre y cuando que una de las mc citas lo mire guasonamente.

No hay más remedio. Son muchas niñas y casi todas guapas. ¡Como lo da la tierra! ¡Como las otras que se fueron y no se acuerdan ya de la historia!...

ooo

Todos los domingos está D. Narciso en su Biblioteca. La Biblioteca de D. Narciso es una de las mejores de España. 32.000 volúmenes, 15.000 comedias escogidas. Originales del Duque de Rivas y D. Ramón de la Cruz. Borradores de *La noche del sábado* y *El Señor Feudal*. Manuscritos de Francos Rodríguez, Fernández Shaw, Gil, Jurado de la Parra, Vital Aza, Tomás Luceño... Buena cosa. Lo que vemos resulta hermoso y grandioso. Pero estas Bibliotecas tan grandes suelen producir una congoja inexplicable. Por eso sera lo mejor que nos vayamos al despacho de D. Narciso. Aquello es chiquito y en las paredes no hay ninguna estantería. No hay más que retratos, una enormidad de retratos. Cómicos, poetas, periodistas, sabios... Mirando á tanta gente conocida se le sube á uno el pavo y se piensa que no está sólo en aquel despacho pequeño. Además se echa de ver por ciertas dedicatorias que algunas glorias nacionales tienen la letra muy mala y hasta faltas de ortografía...

Como quiera que D. Narciso nos autoriza para husmear en sus papeles hemos curioseado en una carpeta que guarda efemérides singulares. Este hombre ilustre—decimos—evoca diariamente la epopeya del tiempo viejo y aquí, en este cartapacio, tiene apuntes que utiliza para escribir artículos de verdadero interés. Veamos alguno de ellos. Y leemos:

«Díad tantos.—Con motivo de la coronación de Carlos V organizó un festival el gremio de zapateros. Por la noche hubo fuegos artificiales.»

... Un pánico extraordinario se adueñó de nuestro espíritu.



D. Narciso Díaz de Escovar, en su cátedra de la Academia de Declamación, de Málaga

Enrique Borrás, el trágico inmenso que agonizaba en una fotografía, se murió inmediatamente. Las demás figuras del retablo se hicieron invisibles á nuestros ojos miopes nublados por la emoción histórica retrospectiva... Pero no; no era eso lo que leímos en el apunte. Lo copiado fué la confusión, el delirio que nos produce la historia de la humanidad, la eterna monotonía del ajetreo cotidiano siempre igual, siempre lo mismo, como almas en pena materializadas, maldecidas y obligadas á vivir.

ooo

Fuera ya del gabinete, camino del huerto milagroso, la cariñosa dialéctica del maestro rompe una lanza en favor de Cifo. Con ello queda la Historia perfectamente rehabilitada y satisfecha esa especie de *Colombine* mitológica. ¡La Historia, la humana y divina Historia! ¿Qué sería del hombre si no supiese la Historia? La Historia es lucha, la lucha es heroísmo y el heroísmo es amor, ansias de gloria, felicidad, poesía... Todo lo contrario de lo que á nosotros, jóvenes y amargados, sutiles y cascarrabias, nos quiso parecer cuando vimos el luto de los madrigales y se hicieron prosa dolorosa las ilusiones más nobles y los deseos más gentiles.

No obstante, como era justo, quisimos rectificar. Pero... ya hemos pasado la calle de los gitanos, el callejón de los Negros y estamos frente á la casa del célebre Jardín de los Poetas.



D. Narciso Díaz de Escovar, acompañado de algunos literatos y artistas malagueños, en el Jardín de los Poetas

FOTS. AGUILERA

Fortuny, mágico y deslumbrante, acude á nuestra memoria. Un silencio solemne se hizo en el alma de quienes como yo no habían pisado jamás aquel recinto venerado. Catecúmenos del arte íbamos á hendir villanamente, paso á paso, las veredas enigmáticas perdidas en los bosques, los tapices de esmeralda con amapolas y margaritas, la corona de flores que circunda la fuente de Hipocrene, la rústica piscina que se alzaba en el centro de la huerta... Pensando en aquella fuente casi á la vera de un claro espejo dimos en evocar deidades y efemérides. Por un instante vimos á Narciso, el héroe mitológico, reflejado en el agua mansa, perdiendo su vida como la nieve que besa el sol... Ingenio peregrino, bajo la sombra báuica de las

vides, Orfeo desnudo y veloso musicaba cadencias y melodías. No había para qué ¡pero tocaba!

Con esta última evocación perdió nuestro silencio todo su carácter lírico. Y entramos en una casuca vieja de la calle de los Negros. Allí está el huerto famoso que aún conserva D. Narciso. Nota curiosa: para llegar á ese huerto hay que subir una porción de escaleras. Los jardines empiezan á la altura del primer piso. En uno de los corredores que dan al patio vemos la efigie gloriosa del marino Isaac Peral. Cuando en los Centros de «kultura» se echó en olvido al inventor, aquí, en este caserón ruinoso preside fiestas zalagardinas impávido, magnífico, arrogante, *litográfico* y pegado en la pared.

Ya estamos en el huerto. Aquel pedazo de bosque cerrado por tapias y por chumberas es para D. Narciso el templo de sus recuerdos. Allí escribió Arturo Reyes sus novelas más famosas. Vital Aza planeó alguna de sus comedias. Rodríguez Vahamonde sus poesías. Ramón Urbano sus cuentos.

Por allí han pasado numerosos artistas y escritores. D. Benito Pérez Galdós, rodeado de gitanillos, se retrató en aquel huerto. Joaquín Dicenta y González Anaya hicieron pasar á D. Narciso con sus jocundas oportunidades los ratos más felicitosos. Comenge, Rivas Casala, Jurado de la Parra, Valdelomar y tantos otros leyeron, bajo el kiosco cubierto de madre-selvas, los más sabrosos frutos de su ingenio...

Mas todo pasa en el mundo.

El jardín está viejo como el poeta; la torre tradicional se desmorona; faltos de agua sus árboles se agostan, las flores se marchitan, y todo anuncia la muerte...

Como dijo Arturo Reyes:

Ya es otro el jardín, ya es otro aquel en que veces tantas dábamos tregua al combate por la vida y por la fama...

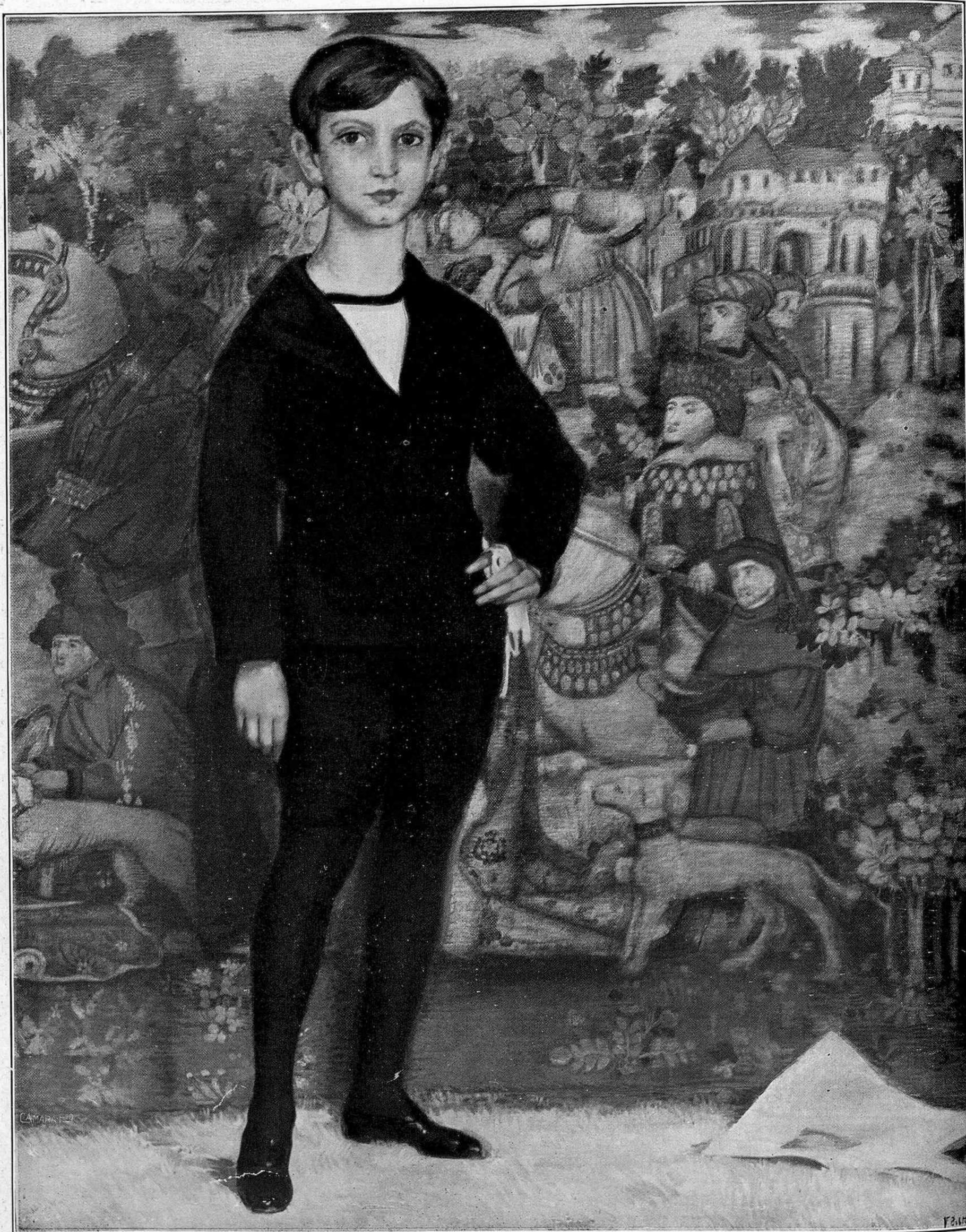
Igual que la gracia de las flores se fueron los amigos del poeta. Los que viven aún tampoco volverán á solazarse su espíritu en el huerto.

Y el huerto y su poeta quedarán solos, más unidos que nunca en la nostalgia de su alegría.

Benito FERNÁNDEZ

LA ESFERA

ARTE CONTEMPORÁNEO



RETRATO DEL NIÑO LUIS MARTI, cuadro original del ilustre pintor Federico Beltrán

SONETOS

VA CAYENDO LA NIEVE

*¡Amor, amor! La tarde de mi otoño
derrama su inefable desconsuelo;
no hay en el árbol seco ni un retoño
y de estrellas, ni atisbos en el cielo.*

*¡Abril, Mayo...! Las flores que trajeron
ya no son sino pétalos marchitos,
y sus aguas, que al sol ópalos fueron,
muerto cristal, se pueblan de mosquitos.*

*Triste la senda solitaria escojo
—¿qué camino otoñal no es de tristeza?—
que aroma melancólico el hinojo.*

*Alucínase el aire de reflejos...
El sol poniente dora mi cabeza
y la nieve cayendo va á lo lejos.*

EN LA NOCHE CALLADA

*¿Habrá tras esta vida otra distinta,
surgirá de mi polvo un nuevo germen?
Besa á los muertos que en sus tumbas duermen
la luz de estrellas siglos hace extinta.*

*Cosas lejanas idas, cosas muertas,
supersticiones seculares, sueños
que, al fin, de la razón altiva dueños,
á la pobre esperanza abren las puertas.*

*¡Y hay en mis noches inquietudes hondas
que no acierta á explicar mi pensamiento,
como hay ruido en el seno de las frondas!*

*Astros mudos, lejanos, angustiosos...
Hora de soledad y aislamiento,
¿no oyes rodar los siglos silenciosos?*

TIEMPO SIN HORAS

*¿Qué sabes de mis penas, de mis ansias, qué sabes?
No hay muecas en mi cara, por dentro dolorida.
Por el aire sereno van volando las aves,
bajo el plumaje ocultan tal vez traidora herida.*

*En el silencio hay ruidos como en el aire hay olas
y en las palabras dulces, escondida amargura.
Con los ojos cerrados á todo, quiero á solas
en una alcoba verme, solitaria y oscura.*

*Y allí mudo y amnésico, viendo sombras por dentro,
en el caleidoscopio de mi mundo elegiaco,
mi pensar hecho fiebre en el vacío concentro.*

*Y en instintos sintiéndome cual se sienten los brutos
el tic-tac angustioso de mi ritmo cardiaco
el silencio sin tiempo salpique de minutos.*

PRIMAVERA

*Nieves, lluvias, heladas, ventoleras...
Y hoy reverdece el campo hasta ayer secc;
las ramas son ruidosas pajareras
y hay nidos de los olmos en el hueco,*

*Luz que es cristal de miel delicuescente
abrillanta el contorno de las cosas;
canta el gallo y escuchan de la fuente
el rumor, entreabriéndose las rosas.*

*Turquesa es hoy el cielo ayer plumizo,
y en brisa y en rocío se resuelve
lo que ayer era ráfaga y granizo.*

*—¡Aleluya, aleluya!— todo grita;
pero al tumulto del vivir que vuelve
sólo mi juventud no resucita.*

VEJEZ PREMATURA

*Mañanas rubias de Abril sonoro,
mañanas frescas de Abril y Mayo,
tardes de nácar, zafiro y oro,
sueños que mueren en un desmayo.*

*Verdes praderas de flores rojas,
en los maizales su beso ígneo
las amapolas á las panojas
dan en sus ímpetus de amor sanguíneo.*

*¡Oh, primavera de aroma tibio,
rosas abiertas como ambiciones,
de los cansados ojos alivio!...*

*¿Por qué tu auge me desconcierta?
En la verdura de tus rincones
ya Octubre busca tu pompa muerta.*

EMILIO BOBADILLA
(Fray Candil)

DIBUJO DE MOYA DEL PINO

MOYA DEL PINO

DE LA VIDA BARCELONESA
LA ALEGRÍA DE LAS RAMBLAS



Un puesto en la típica Rambla de las Flores

El bello alborar de primavera que alegra los bulevares en las ciudades magnas, apenas se advierte en la Rambla de Barcelona. Y es, que en la avenida famosa, no faltan nunca las notas gayas que dan júbilo á las ciudades en la estación exuberante de las flores.

La alegría es nota permanente, que flota entre sus trazos singulares. Pero una alegría general, que refleja su azulado cielo lleno de luz, en el campo que desde ella se divisa y en el mar que le sirve de confín; igual en los árboles que la cobijan con su fronda, que en los pájaros que armonizan el bullicio encantador de su heterogénea gente; alegría, en fin, recogida en el semblante de la multitud, una multitud de ciudad cosmopolita en que se mezclan ricachos y payeses, damas elegantes de porte se-



Las floristas ambulantes de las Ramblas

fiorial y elegantes de cotizable agrado, extranjeros que viajan por placer y negociantes provincianos, el obrero de blusa y la gentil griseta que abandonan sus tareas... cuanto revela vida, animación y algazara en una ciudad populosa, meridional y florida.

No es la alegría lúbrica del boulevard parisién en época anormal, amasada sólo con whisky, luises de libertinos y gestos de corrupción. Es la alegría sana, espontánea y placentera de la intensidad en gozar una vida serenamente feliz y dulcemente expansiva.

Resulta difícil hallar un parangón adecuado á la espléndida vía barcelonesa: ostenta rasgos tan suyos, que no se asemeja á las que forman otras ciudades. Está exenta de la uniforme simetría en que presentan hoy sus

CAMA-FIO

construcciones, y la falta el ritmo, monótono y agobiador, de la moderna vida en los centros populosos.

Son diferentes sus edificios é irregular también la dimensión de sus manzanas. Es más; dividida sólo por los nombres de sus trozos, se marca en cada uno la forma especialísima en que su matiz se ofrece.

El punto medio de su longitud se asienta en la gran Plaza de Cataluña, la explanada amplísima sombreada por palmeras, donde confluye toda la dinámica de la urbe.

Mirando á la montaña, se alarga la *Rambla de Cataluña*, sosegada, moderna, aristocrática, geoméricamente alineada, cerrando su perspectiva la mole verdosa del Tibidabo.

A ella no se refieren los asertos anteriores; bajo la estampa de su clisé igual pudiera ponerse el nombre de Viena, Liverpool ó Budapest. Sólo en la semana que antecede á Navidad se aburguesa, exhibiendo los pavos y capones de aquellos clásicos días, y en vísperas del Domingo de Pasión, recoje alegrías infantiles viendo llegar los niños barceloneses en busca de ramos y palmas, que se venden abundantes en su margen.

La *Rambla genuina* y tradicional, comienza al lado opuesto de la Plaza, y dirigida hacia el mar aboca en el mismo puerto.

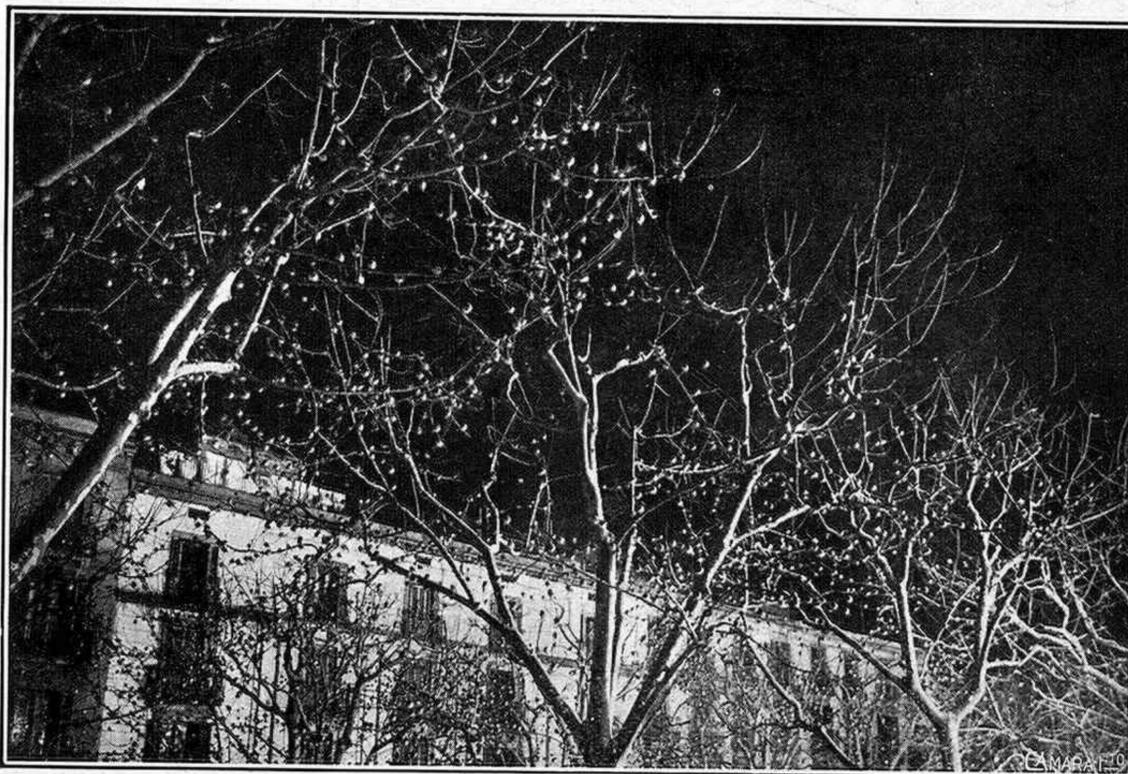
Rambla de los Pájaros se denomina vulgarmente el trozo primero; y en realidad está bien denominada: millares de pájaros cantores posan en sus árboles corpulentos; en el túnel de follaje que forman las ramas entrelazadas, gorjean ó duermen acurrucados, y abajo, en las horas matinales, llenan el suelo puestos en que se venden toda clase de ejemplares.

La afluencia que congestiona este sitio, los cafés exteriores donde asalta á los turistas la caravana incesante de vendedores, guías, loteros, y la legión inacabable de orquestas y cantantes pedigueños, junto todo con el correr de coches, el volar de autos y el servicio sin igual de tranvías, que cruzan dos al minuto, dan al lugar una jovialidad indescriptible.

Frente al palacio de Comillas, con su jardín y esbelta columna, destaca sus capiteles la iglesia barroca de Belén, y junto á ella los almacenes de «El Siglo» atraen la gente en hormiguo singular.



Aspecto de 1ª Rambla de las Flores, al mediodía



Las ramas de los árboles de las Ramblas, en las que se refugian los pajarillos para pasar la noche



Un aspecto de la Rambla de los Pájaros, durante la mañana

FOTS. BALLELL

Al obscurecer, la hora sugestiva de la gran ciudad, los arcos voltaicos iluminan el ambiente con profusión, y el acompasado irradiar de anuncios luminosos, con los rótulos eléctricos de cines y bazares, evocan impresiones parisinas.

La *Rambla de las Flores*, es la que encarna con alegría mayor el abolengo típico barcelonés.

Las mañanas de esta constante primavera, la erigen en vergel. En ambos lados del paseo central, se instalan puestos en artística escalinata, cuajada de rosas, claveles, nardos y gardenias... Vendedoras ambulantes ofrecen, baratísimas, las violetas.

Los colores delicados de las flores, el aroma con que perfuman el aire, la pulcra elegancia de bellas compradoras, y hasta

esa picaresca insinuación osada de las floristas que incitan á comprar... Todo alegre con goce de ventura este sitio pintoresco, radiante de luz y de color, que encanta y embelesa.

La Plaza de España en Roma, con su escala de «Trinita dei Monti» repleta de tiestos y de plantas, y festejada por turistas y poetas, no tiene el esplendor intenso y rico de alegría que la incomparable Rambla florida...

El último trozo de la Rambla se destaca con rumbo y distinción; allí está el teatro Liceo, grandioso, regio; allí los grandes hoteles, y de allí parte, en fin, la simpática calle de Fernando, emporio de lujo y de rico comercio.

En calles adyacentes, deriva luego la babilónica ciudad, donde triunfan la francachela y el placer voluptuoso en toda su gama de lascivia.

Pero este es ya terreno, no solo extraño á la hermosa vía, sino á la gente ordenada: es la zona cosmopolita, solar de libertinaje á la europea, lo mismo del guante blanco y entre espuma de champagne, que del abyecto apachismo que orienta hacia el Paralelo...

Al final de la Rambla, abierto en ancha avenida, ofrece también la franca nota del bullicio laborioso; el muelle de la Paz, la sirve de remate, y entre ruidos de hélices y grúas, barcarolas de bateleros y el sonar de las sirenas en los barcos que se alejan, parece escucharse la canción del mar como trova viril que festeja jubilosa la alegría de la Rambla...

EUSEBIO DÍAZ

CUEENTOS ESPAÑÓLES



NO FUÍ YO...

Estudio de pintor «que ha llegado»: muebles ricos y cómodos, cortinajes, tapices, panorpias, etc. Ventanal orientado hacia un viejo parque umbrío donde reza una fuente. Son las siete de la tarde de un día de Junio.

MATILDE: vehemente y fatal como una mujer de tragedia: estatura varonil, perfil aguileño, cabellos leoninos. Veinte años.

PEDRO: Artista en boga; frente pensativa; facciones nobles y grandes, enmarcadas por una barba ondulante que empieza á encanecer. Buen mozo. Cuarenta y dos años.

Pedro y Matilde llevan cinco meses de casados.

MATILDE.—Perdóname; reconozco que, algunas veces, te aburriré, pero esta curiosidad no me deja vivir. De hoy no pasa, ¿eh?... Hoy, al fin, me dirás la verdad. Compréndeme: la verdad la sé yo, mas necesito oír la de tus labios.

PEDRO (con un mohín imperceptible de sanción):—¡Qué niña eres!

M.—No soy niña; no tolero que me trates como á una chiquilla.

P.—Te adoro.

Están sentados en un diván, de espaldas al jardín. Pedro coge entre sus manos la cabeza de Matilde y suavemente la atrae hacia sí.

M. (con arrebatado).—Quiero conocer tu vida; quiero ser la depositaria de tus secretos; lo exijo. Necesito oír lo que no le dijiste á nadie: la verdad, la gran verdad terrible, negra y roja, de tu juventud; cómo nació en ti la primera sospecha, cómo los celos fueron cercándote hasta enloquecerte; cómo, en fin, mataste á tu mujer... y la emoción, la alegría que sentiste al matarla...

P. (fatigado).—No hablemos de eso, te lo ruego. Estamos ofendiendo su memoria.

M.—¡Qué noble eres!... Precisamente la caballerosidad con que defiendes su virtud es lo que más me sorprendió y lo que con mayor fuerza

me lleva hacia ti... (*Mi ándole apasionadamente al fondo de los ojos.*)

P.—(*Un gesto.*)

M.—¿La quisiste mucho?...

P.—¿Cuántas veces, primero de novios y luego de casados, te he repetido que me disgusta hablar de aquella pobre criatura?...

M. (sin oírle).—Yo, que te adoro, también mataría por celos; así te admiro, porque supiste matar á quien no supo admirarte...

P.—No hallaré nunca modo de curarte de esa manía; te has empeñado en hacer de mi humilde persona un héroe... ¡Psch!... ¡Me resignaré!... (*Enciende un cigarrillo.*)

M.—Que mataste á tu mujer, está en la conciencia de todos; lo que nadie sabe, es quién fué su amante.

P. (con disgusto).—¡Matilde!...

M.—¿Crees que á los jueces que firmaron tu indulto conseguiste engañarles?... ¡No!... Pero te absolvieron porque ninguna de las pruebas acumuladas contra ti era terminante, y porque la vecina que empezó acusándote incurrió luego en contradicciones que tu abogado aprovechó hábilmente; y, sobre todo, porque tú negabas y negabas... con una tenacidad de hierro. ¡Cómo me sorprendió y me subyugó tu actitud!... Porque en ella, en tus palabras, y más aun, en el inmenso dolor de tu rostro, se comprendía que no negabas por esquivar responsabilidades, sino para salvar el honor de la infame.

P. (infantil).—¿Asististe á todos los incidentes del proceso?

M.—A todos, sin perder un día. Fué un crimen...

P. (interrumpiéndola).—Un suicidio.

M.—Un crimen...

P. (se encoge de hombros).

M.—...que, que por su carácter pasional y por trata: s: de un artista como tú, alborotó á Madrid.

P.—Demasiado... (*Suspira.*)

M.—Tu sobrina María Luz fué causa de que yo asistiese á la primera vista. «¿Quieres acompañarme?»—dijo—. Y yo repuse: «Bueno»... En realidad, deseaba conocerte, pues tu nombre de artista me interesaba... (*Le besa. Un silencio.*) Luego, al verte aparecer entre guardias y con las manos esposadas... ¡Oh, qué impresión!... Estabas tan triste, tan pálido, y, al propio tiempo, tan dueño de ti mismo!... De cera parecías. A mi lado oí decir: «Ha encanecido en medio año»... Y estas palabras me traspasaron el alma. ¡Pedro mío!... Yo te lo juro: fué allí, ante el tribunal que iba á juzgarte, donde, sin advertirlo, te dí mi corazón...

P. (conmovido).—Cabeza de artista...

M.—Aunque hubieses sido asesino ó ladrón, te habría amado también: de pronto me interesó tu historia y tu figura, y disculpé tu crimen. ¡Mi Otello!... ¿Cómo reprobar en la vida lo que aplaudimos en el teatro?

P. (un gesto).

M.—No negaré tampoco que el escenario te favorecía. Siempre he tenido ideas un poco anárquicas. El amplio salón tapizado de rojo y entristecido por la agonía de un gran Cristo de talla, el prestigio oficial de tanta ceremonia, el aspecto del fiscal, de los jueces adustos, de los guardias armados; la presencia, en fin, de tantas gentes aliadas en contra tuya, indefenso y solo, te granjearon, desde el primer instante, mi simpatía. Hubo momentos en que me hubiese arrojado á tu cuello... ¡lo juro! (*Otro beso.*) También me interesó mucho el público: estaban el marqués de A, el conde B, el senador C..., la esposa del general N y su hermana... ¡Era el «todo Madrid» de las noches de estreno!...

Pausa. Pedro suspira.

M.—¡Cuánto sufrí durante los cinco cuartos de hora que duró el informe fiscal!... Tu abogado ha

¡Ló admirablemente, pero no consiguió igualarte ¡Cómo sabes negar! ¡Cómo te defiendes!... ¡Con qué aplomo!... ¿Y los testigos?... ¡Qué angustia produce ese desfile de individuos, casi todos torpes, analfabetos, mal intencionados quizás, de cuyas palabras depende casi siempre la libertad, cuando no la vida, del procesado! Yo, con unos, respiraba bien; con otros, creía ahogarme... Tú sólo permanecías inmutable, ni pusilánime ni baladrón, cual si nada de aquello te importase. Y yo pensaba: «¿Cómo sabe amar ese hombre que, después de matar á la mujer que le engañó, la defiende aún... (Envolvente). Pero, á mí me dirás la verdad; á mí no se me engaña como á un juez...»

P.—A ellos les dije lo que sabes: yo, no miento.

M.—¿Tú no mataste á Guillermina?

P.—No. Mi historia no esconde ninguna tragedia. Guillermina se suicidó, y no por motivos sentimentales, si no porque creía tener un cáncer en el estómago.

M.—(Gesto de contrariedad, de decepción).

P.—El día de autos lo había pasado ella fuera de casa y regresó bastante tarde, cuando yo, inquietado por su ausencia, me disponía á salir á buscarla. «He ido á casa del médico»—me dijo—. Luego se encerró en su cuarto; momentos después sonaba un tiro. Pero no fuí yo, quien la mató...

M.—(vehemente).—¡Mientes!...

P.—Se trata de un suicidio.

M.—Me engañas: esa mujer no se suicidó; la mataste tú; lo del cáncer es una invención estúpida. Si no fué así, ¿cómo explicas que Guillermina recibiese el balazo en el oído izquierdo?...

P.—Guillermina era zurda.

M.—No se ha demostrado: de sus amigas, unas lo afirman, otras lo niegan... ¡no se sabe, en suma!...

P.—Pero me consta á mí, y basta: Guillermina era zurda.

M.—¿Y la carta?

P.—(á quien la porfía de su mujer empieza á fastidiar seriamente).—¡Ah, sí! ¡Cuánto se ha hablado de ella!... Una carta de mi cuñado Luis.

M.—Una carta sin fecha: todos sabemos que los amantes discretos nunca fechan su correspondencia.

P.—Tal vez...

Silencio.

M.—(sin rendirse).—¡Y la carta era de Luis, según tú!... El único de tus cuñados que ha muerto! ¡Qué coincidencia tan sospechosa!... ¿Cómo no digiste que era de cualquiera de tus otros dos cuñados vivos, Antonio ó Juan?

P.—Porque la verdad es única y no puede ser mixtificada; porque esa carta con una cita—la cita inocente, claro es, que un hermano puede dar á su hermana—no la escribió Juan ni Antonio, si no Luis...

Continúan hablando. Pedro permanece bien sentado, los brazos puestos cómodamente en cruz, sobre el respaldo del diván. Ella, á su lado, medio arrodillada en el suelo—actitud de ruego y de humildad—le acaricia las manos y le mira... le mira ahincadamente, bebiéndoselo con los ojos.

El crepúsculo pasó y el estudio se ha poblado de sombras. En el espacio de un misterioso azul, sobre los árboles del parque, aparece un cuarto de luna. Su perfil milenario sonríe lívido y burlón, y bajo su claridad fantasmal, la cabeza envejecida del artista se aljofara de plata, y los magníficos cabellos dorados de Matilde adquieren el prestigio de un nimbo santo.

P.—(haciendo ademán de levantarse).—¿Quieres que encienda las luces?

M.—No..., no... estamos mejor así. (Como en éxtasis). Mi Pedro..., mi dueño..., mi hombre, á la vez, dulce y terrible...

P.—(sonriendo).—Todo cuanto quieras, menos un hombre terrible...

M.—Tú has sufrido mucho...

P.—¡Mucho, eso sí!...

M.—¿Por qué no nos conocimos antes? Yo te hubiese comprendido, yo no te habría engañado nunca...

P.—(Gesto de desagrado).

M.—Y seguramente el individuo con quien te afrentaron no valía lo que tú.

P.—(Mira al techo).

M.—No pienses en ella; á veces siento celos horribles de tu espíritu, por si á intervalos deja de pensar en mí...

P.—(Arroja el cigarrillo que estaba fumando y enciende otro).

M.—A mi lado no necesitas fingir; yo te amo según eres: violento, celoso, criminal... ¡Sí, cri-

minal!... ¡Mejor!... Así tendré algo que perdonarte... También me cautivan tu caballerosidad y tu reserva. Hay hombres cobardes que, al saberse burlados, no matan. ¡Miserables!... Hay otros que matan y lo dicen, y por adornarse con su valentía infaman la memoria de la mujer que un día fué su compañera. Pero tú, mi Pedro, no perteneces á ninguno de esos dos grupos vulgares: tú eres noble, como un rey; tú llevas tu drama en el alma y á nadie se lo cuentas; tú eres de esos seres de excepción que saben amar, y por lo mismo, saben matar y saben callar... (Le besa). No, no me digas nada; guarda tu secreto, puesto que esta conversación te hace daño... ¡Ah!... Sin embargo, cómo hubiese deseado conocer ciertos detalles...

P.—No, Matilde.

M.—Sí, la mataste. Estoy leyéndolo en tus ojos, que á ratos son dulces y á ratos son implacables... tus ojos que se asomaron sin miedo al espanto de una agonía... Porque tú eres cruel,



Pedro; eres cruel como un sultán de oriente. Otro marido hubiese matado á su mujer de un tiro en la frente ó en el corazón...; tú, refinado y artista, mataste á la tuya de un balazo en el oído... ¡Qué admirable!... Cual para destruir así el camino por donde llegaron á su alma las frases del pecado...

P.—(dando una voz).—¡Basta!... ¡No puedo consentir que sigas insultando el recuerdo de aquella santa mujer!...

M.—¡Pedro!...

P.—(furioso).—Guillermina me quiso tanto como tú puedes quererme, y fué tan buena como tú. Hace cinco meses que nos casamos, y raro es el día en que no sacas á colación el mismo diálogo. ¿Estás neurasténica?... Llamaremos á un médico. Ya lo sabes: Guillermina, la pobre Guillermina, la santa Guillermina, se suicidó... ¿Entiendes?... Se suicidó... ¡Se suicidó!... (Gritando). Se suicidó porque estaba enferma y había perdido la esperanza de curarse; y se dió el balazo en el oído izquierdo, porque era zurda y porque quiso dárselo allí. Es un drama sin amante, sin celos y sin literatura. ¡Si crees que yo soy un marido de folletín, te has equivocado!

M.—(lívida y mirando al suelo como si contemplase un precipicio).—¡Me he equivocado!

P.—Completamente; te has equivocado completamente.

M.—(hablando consigo misma).—¡No ha matado á nadie!...

P.—(irónico y feliz).—A nadie: gracias á Dios—y en buena hora lo diga—yo, no he matado á nadie.

M.—(que continúa dirigiéndose á una tercera persona).—¡Y yo, que me había casado con él únicamente porque le creí un criminal!...

P.—(estupefacto).—¿Nada más que por eso?...

M.—(volviendo un poco á la realidad). ¡Nada más!... ¡Nada más!... ¡Oh!...

P.—(risueño).—Mi primera mujer enferma del estómago; la segunda enferma de la cabeza. ¡Tentaciones me dan de hacerme ermitaño!...

M.—¡No ha matado á nadie!... Es un hombre vulgar, un burgués... un aborrecible burgués... ¡Qué decepción!... (Su pena estalla en sollozos).

Llaman á la puerta.

P.—¿Quién?

UNA VOZ (desde detrás del cortinaje)—Señores, la cena está servida.

P.—Ya vamos.

Sale.

FRAGMENTOS DEL «DIARIO» DE MATILDE.

15 de Agosto.—Es extraño. Nada á mi alrededor ha cambiado, y todo, sin embargo, es diferente. El espíritu de Pedro ha perdido á mis ojos su interés. Sus palabras, sus actitudes, me parecen vulgares. Muchas veces me pregunto:

«¿Por qué soy su mujer?...»

2 de Octubre.—Algo muy grave, muy hondo, se ha roto dentro de mi corazón. No amo á Pedro. Este descubrimiento acaba de extender á mi alrededor una gran soledad. No quiero á mi marido y tengo veinte años. ¡Oh, qué horrible pendiente te empiezan á recorrer mis pies!...

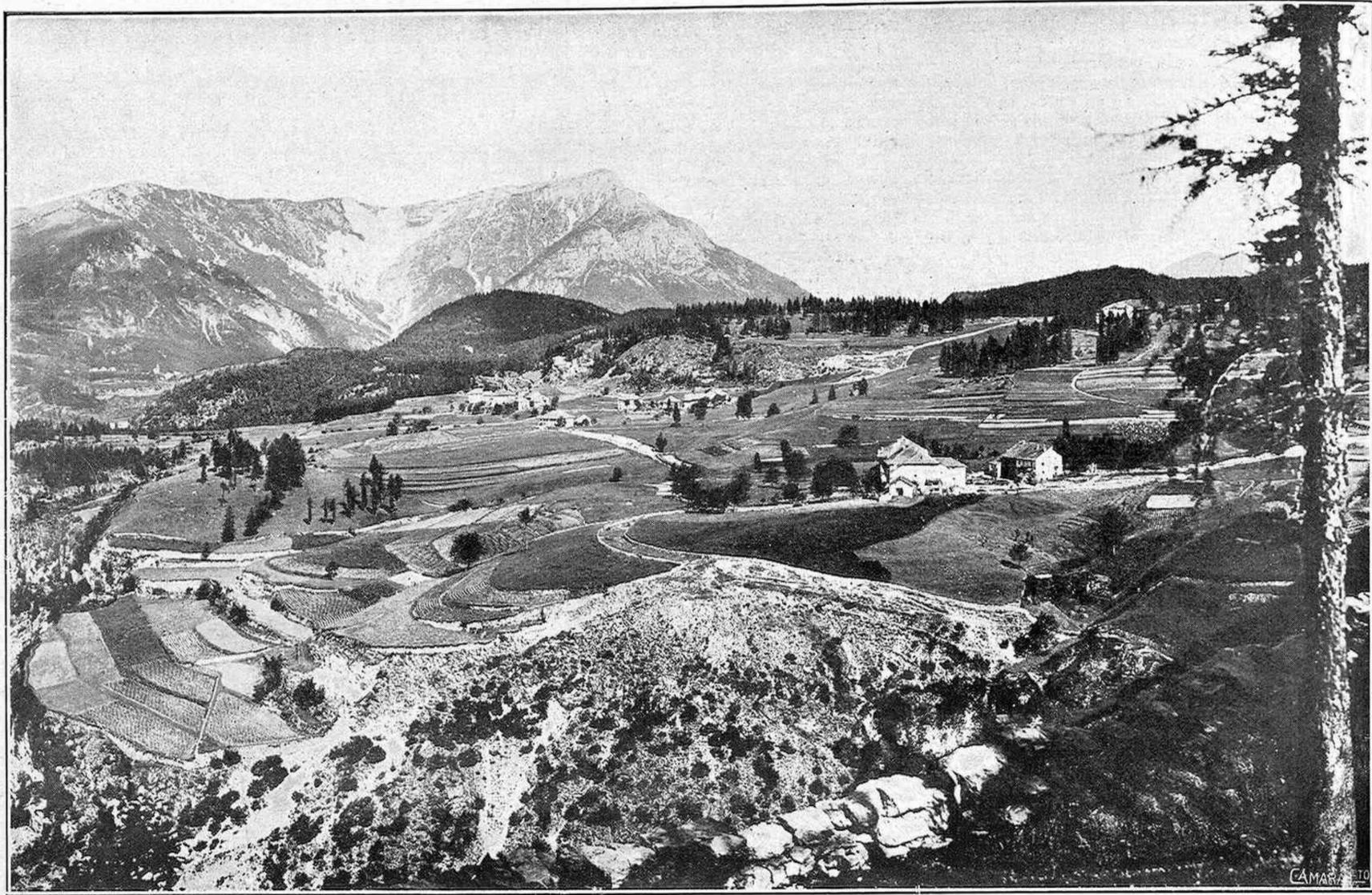
30 de Diciembre.—No solamente he dejado de amar á Pedro, si no que amo á otro...

EDUARDO ZAMACOIS

París, Agosto.

DIBUJOS DE BARTOLOZZI

PAISAJES DE LA GUERRA



Panorama de Lavarone, desde Schönaussicht

EL NIDO DE LOS HECHICEROS

VISTEIS estas altas y escarpadas montañas del Tirolo austriaco, donde el cañón cercano hace repetir el eco bárbaro de sus estampidos? No tenéis idea remota de qué estupendo mundo espiritual hace estremecer la amenaza trágica de la guerra que se acerca. En la apariencia no habitan estas crestas rocosas y nevadas más que unos míseros pastores, unos rudos labriegos y unos osados contrabandistas. Aquí y allá, en el fondo de los valles, junto a los arroyuelos y torrentes que luego se truecan en ríos, hay unas aldehuelas calladas y grises. En ellas vive el resto de una raza ancestral, cuya sangre, agitada por los siglos, tiene reminiscencias de creencias extinguidas, como rescoldo de grandes pasiones, de iras desatadas, de fanatismos crueles... Estos míseros pastores son los herederos de los pueblos paganos que ante las invasiones de los hunos y los lombardos se replegaron en estas montañas y buscaron un refugio en las solitudes frías y ásperas del Alto Adigio.

Vivieron así aislados durante siglos, del odio invasor que había arrebatado sus ciudades, llenas de los esplendores de la decadencia; cayeron en pobreza y en incultura, forzados a vivir miserablemente de una tierra ingrata, y durante muchas generaciones no sintieron la influencia del cristianismo que transformaba el espíritu humano. En cambio, a medida que se degradaban en las tristezas sombrías de aquellas montañas, pobladas de misterios, en la rudeza de su trabajo y en la ruín pobreza de su vivir, se iba entenebreciendo la fe de su paganismo, inconcebible fuera de la campaña romana ó de la Arcadia helénica; se iba trocando en un conglomerado de trágicas supersticiones, y cuando el cristianismo comenzó a entrar en aquellas montañas y nuevas guerras hicieron entrar en ellas avalanchas de tropas, se produjo mayor confusión en aquellos espíritus, no perdurando sino lo más absurdo, lo más misterioso, lo que vivía

arrebolado con la atracción suprema de lo maravilloso y ultra terreno.

Así, entre estas montañas, se forjó el Olimpo de las brujas, el Paraíso de los duendes, el Edén de las hadas, los gnomos, los enanos y los titanes. Quien recuerde que en España, plenamente civilizada, en la España de los Felipes de Austria, la existencia de las brujas era una realidad, un suceso vivo, en poblaciones grandes, abiertas al tráfico constante de muchas gentes de toda condición, en los alrededores mismos de las catedrales, los conventos y las universidades, y a pesar de las crueles persecuciones de la Inquisición no se maravillará de que este estado de superstición perdure entre estas montañas, en esta sociedad aislada que carece de bienestar y de cultura. Todo el Tirolo, lo mismo el italiano que el austriaco, y aun la parte de Suiza que comarca con él, está lleno de leyendas misteriosas; pero entre Lavarone y el Adigio la superstición no es un accidente ni un aspecto de la vida, sino la vida misma, la vida entera. Todos los que allí habitan son iluminados y poseídos que cada noche, cuando la nieve cae, cuando el viento zumba y hace crugir las puertas y silba en las rendijas de las persianas, sienten las pezuñas de macho cabrío de Satán, pateando en los anteportales de las casas y oyen el chillido de las brujas que van cortando el aire sobre sus escobas misteriosas y escuchan las palabras entrecortadas con que los duendes y los aparecidos advierten a los vivos sus deseos y perciben el ruido que hacen los gnomos labrando las galerías de sus palacios encantados en el seno de las montañas... ¡Oh, valles del Adigio! ¡País donde lo maravilloso tiene un templo en cada corazón, y donde las viejas marrulleras y las jóvenes inocentes tienen encendidos los ojos con brasas de fuego que saben romper los densos velos que nos ocultan el porvenir, van a pasar sobre ti las avalanchas de tropas de todo origen, sacadas de las ciuda-

des descreídas y de los campos ignorantes y van a profanar el ambiente de tu misteriosa fe y tu infantil credulidad!

Un viajero, Mauricio Grandjean, se queda asombrado al penetrar en tus montañas, porque ve, en verdad, que se convive con ellas, que se ve su mano burladora en todos los accidentes de cada suceso y cada día que se habla de ellas y con ellas a cada instante. Una pobre mujer no puede conseguir que encaje su leche en la mantiguera, a pesar de las horas que lleva batiéndola. Sin duda el espíritu de una bruja se ha metido allí. Se llama a las vecinas. Una de ellas, bruja también, hace enrojecer en el fuego una varilla de hierro y de pronto la introduce en la leche; se escucha un gemido y una voz que claramente dice: ¡ay, mi pierna! Algunos minutos después la manteca se solidifica; el espíritu ha huído. Al día siguiente, el médico va a visitar a una vecina de la aldea que está en cama y tiene en la pierna una fuerte quemadura...

Este joven tiene una linda novia. Una noche, al ir a visitarla como de costumbre, ella se niega a recibirle con un leve pretexto. El, celoso, se pone en acecho, y ve que su novia y su futura suegra son brujas; monta una sobre el mango de la escoba y otra cabalga sobre el rabo de una enorme sartén, y pronunciando unas palabras misteriosas que el novio escucha muy bien, se lanzan al espacio. El novio quiere seguirles, se pone a horcadas sobre una escoba y pronuncia la fórmula abracadabranante; pero sin duda equivoca las palabras ó es víctima de otro maleficio, porque en lugar de volar, se siente arrastrado por una fuerza extraña que le hace rodar, dar testaradas contra los muros, las rocas y los árboles, hacer cabriolas furibundas, hasta que rendido, lleno de heridas, cae en un estercolero donde al día siguiente se le encuentra agonizante.

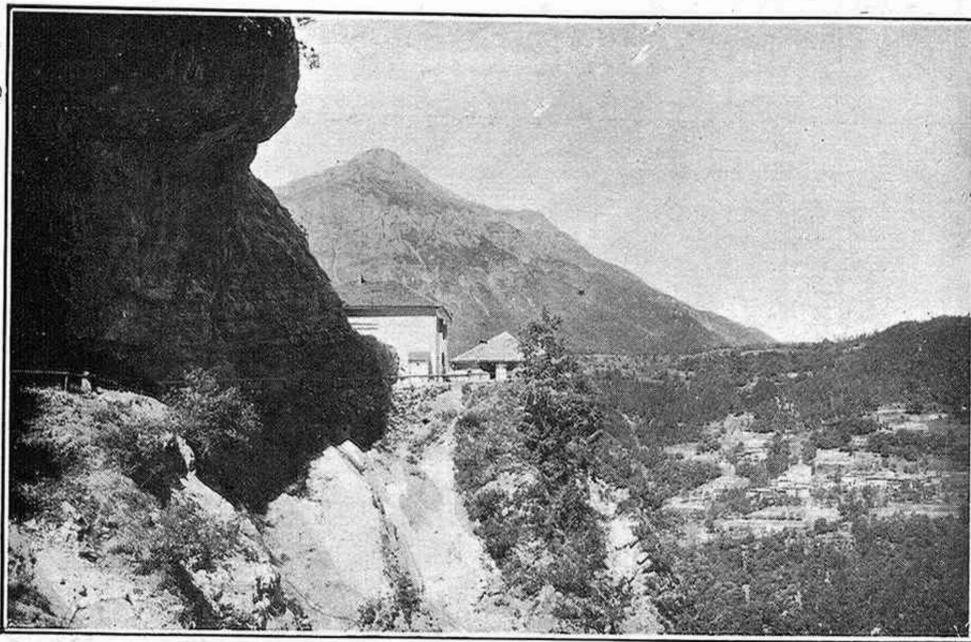
Un campesino sospecha que su mujer es bruja y, lleno de curiosidad, le suplica que le cuente

CAMAR... TO

lo que ocurre en el *sabbat*. La mujer niega, pero tan terco se pone el labriego y de tal modo comienza á amenazar, que la mujer accede á revelar su secreto. Le lleva á la cuadra y le hace subir sobre un montón de estiércol, enseñándole á hacer ciertos signos misteriosos y gritando á la vez: «Quiero saber lo que soy». La mujer hace otros signos á la vez y le responde: «Vas á saberlo para toda tu vida». Y en aquel momento el marido se ve metamorfoseado en un asno admirable, con sus cuatro patas y sus largas orejas, y asno permaneció hasta el fin de sus días, mientras la mujer se casaba con otro hombre menos indiscreto.

Así, apenas entráis en aquellos valles os contarán millares de estas historias y el que narra el suceso, dice siempre lleno de fe: «yo lo ví», ó refiriéndose á los protagonistas, asegura: «yo los conocí». Y veis la serenidad de sus rostros y la firmeza de sus miradas y comprendéis que aunque no sea verdad lo que cuentan estos hombres, no mienten; es que viven una vida de ensueño.

Bien pronto sabréis que las brujas son legiones; centenares, millares. Hay las *haushexen*, que son las domésticas, las que viven con sus familias; hay las *kehrhexen*, que son las vagabundas; hay las *kraüterhexen*, que viven en los bosques, y hay las *wetterhexen*, que habitan en los picachos nevados y en los aires, y que son



Un aspecto de la carretera de Lavaronne

las que desencadenan las fieras tempestades. Además, este mundo de misterio está habitado por las *trudes*. Son éstas una especie de duendes malhechores, siempre invisibles, cuya especialidad es de las más graciosas y singulares. Consiste—y no tienen otro oficio—, en sentarse sobre el pecho de hombres y mujeres cuando duermen, produciéndoles una opresión angustiosa que los despierta llenos de terror. Y cuando no pueden *oprimir* á los humanos, abruman con su peso á los pobres animales que rumian

en el establo. Un individuo, al que una *trude* no deja dormir ninguna noche, consulta á las brujas y á los hechiceros. Uno de ellos le aconseja que tenga encendido en su alcoba un cirio bendito; aquella noche la *trude* no aparece, pero á la mañana siguiente el labriego encuentra su vaca más hermosa, reventada en el establo. La *trude* enemiga ha dormido sobre ella. Hay *trudes* gigantes. Hace no se sabe cuántos siglos, vivía una de ellas en las cumbres que forman el valle del Astico. De una zancada pasaba de una á otra montaña; tal era su estatura. Allá en lo alto, os enseñan sobre dos lejanos picachos la huella de sus pies formidables.

Los sábados toda la región se estremeció de terror, de fe, de pasión, de obsesión del misterio. Es la fiesta de las brujas y hasta las piedras, hasta el viento que zumba sobre la nieve, parecen poseídos de esta fiebre de superstición.

Las leyendas trágicas, las historias inverosímiles, como gestas de una raza enloquecida, que allí se cuentan en las reuniones familiares, alrededor de la lumbre, en las cabañas de los pastores y que van de padres á hijos, como único tesoro histórico de un pueblo que de la decadencia pagana ha caído en la más grave degeneración espiritual, formarían, si se las escribiera, la más extraña literatura del mundo.

MÍNIMO ESPAÑOL



El valle del Astico visto desde Schönaussicht

UN CUADRO DE VILA PRADES



EN LOS PUEBLOS INVADIDOS

El admirable pintor español ha perpetuado en el lienzo un trágico momento de la guerra. ¿Dónde ocurrió el suceso? No importa el lugar, ni acaso importa que sea el cuadro una exacta reproducción de la verdad histórica.

No estamos en un hospital; es el comedor de una familia burguesa donde la felicidad y la mediocridad vivían apaciblemente hermanadas; la habitación espaciosa, los muebles antiguos, el aparador sin puertas, los sillones macizos, el reloj de pesas encuadrado en su larga caja de caoba, nos hablan de una de estas familias de vivir ordenado que pasan años y años en la misma casa amada; que heredan de los padres, de los abuelos, que van dejando hueco á los hijos, á los nietos que llegan, un espíritu de tradición doméstica, de continuidad en la ardua labor de vivir la vida, prosiguiendo los mismos negocios, evitando la disgregación de los bienes, aprovechando toda la experiencia acumulada por los antecesores.

La guerra ha llegado á las lindes de este hogar. La casa ha sido utilizada, más que para hospital ni ambulancia, para curandería. El hospital y la ambulancia suponen preparación, acumulación de material sanitario, pero en este comedor, abandonado de sus dueños, no hay nada más que dolor y abnegación y fe; no hay camilla donde el médico pueda reconocer á los heridos; no hay mesa ni vitrina que contenga los aparatos de cirugía. Pero además, la casa es fortín, es baluarte... Fortín y baluarte de corazones

valerosos, que no de piedra y acero. El enemigo ha entrado en el pueblo, lo va conquistando calle por calle, casa por casa, y va marcando su triunfo con un reguero de sangre.

Aquí, en este comedor, un soldado restaña su herida; otros, mal amparados tras una mesa, junto á los ventanales, disparan, y el invasor, al contestar, ha enviado una bala cruel que ha destrozado el pecho de esta linda mujercita. La sostiene un hombre joven, descompuesto el rostro, el puño cerrado, amenazante...

Esta mujer símbolo, toda vestida de blanco, era la fe, era la abnegación, era el amor que estaba entre los combatientes. Es la hija de aquel hogar, la encarnación de la alegría que todos amaban, como promesa cierta de la perpetuación de aquella familia ó, acaso, es la afiliada de la Cruz Roja, habituada ya al estruendo de las batallas y al trágico horror de los hospitales que acudió allí para atender á los heridos.

En un ángulo, con el espanto en los ojos y la angustia en los labios, se refugia la abuela y ampara entre sus brazos á la nietezuela enloquecida. Imaginad cuantas veces, en la tremenda guerra, se ha reproducido esta escena. Fué primero la avalancha alemana cayendo sobre Bélgica y sobre el Norte de Francia; fué casi al mismo tiempo un desbordamiento de los rusos sobre la Prusia Oriental y sobre la Galitzia hasta los Cárpatos; á su vez, los austriacos penetraron en Servia; poco más tarde, las aldeas de Gallipoli y de la Dardanelia vieron sus playas

invadidas por extrañas y varias gentes, y al cabo, los italianos irrumpieron en el Tirol austriaco...

¡Quién podrá reconstituir la lista innumerable de los pueblos asaltados, de las calles conquistadas, casa á casa, palmo á palmo, dejando un reguero de sangre, dejando los hombres heridos bramando su dolor como fieras, mientras que allá en el interior de los hogares, entre los muebles anticuados, se esconden las pobres abuelitas enloquecidas de terror, recogiendo entre sus brazos temblorosos á las nietecillas, que ningún mal han hecho...!

Dijérase del hermoso cuadro de Vila Prades, que á pesar de los uniformes que lo hacen francés, es un cuadro universal. Esa escena, esos gritos de angustia, ese puño cerrado por la ira, que amenaza infantilmente al invasor, es el dolor francés, pero en mayor ó menor cuantía, es también el dolor belga y el dolor prusiano y el austriaco y el serbio y el polonés y el ucraniano y el turco y el ruso, y allá en las lejanías que apenas conocemos, en las contiendas habidas en Asia y en Africa, de las que nada sabemos, es el dolor también, el dolor humano que cierra el puño lleno de ira y maldice la guerra, que puede inconscientemente matar á esta linda mujercita, toda vestida de blanco, promesa cierta de la perpetuación de la familia, símbolo de abnegación y amor y fe para los combatientes y los heridos...

AMADEO DE CASTRO

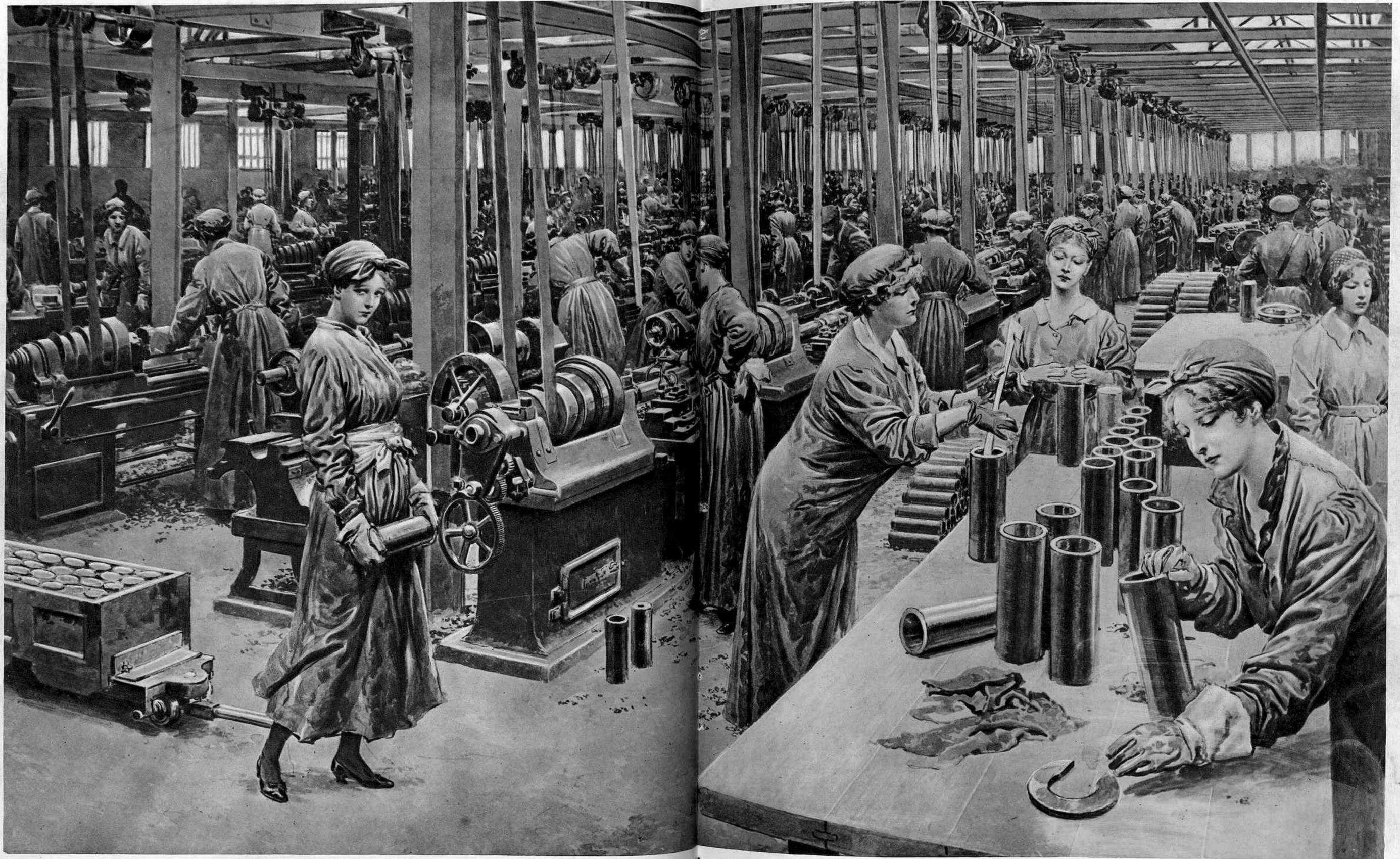
LA ESFERA

RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



UN DETALLE DEL CLAUSTRO DE LA REAL COLEGIATA DE RONCESVALLES Fot. Campúa

LA FABRICACIÓN DE MUNICIONES EN INGLATERRA

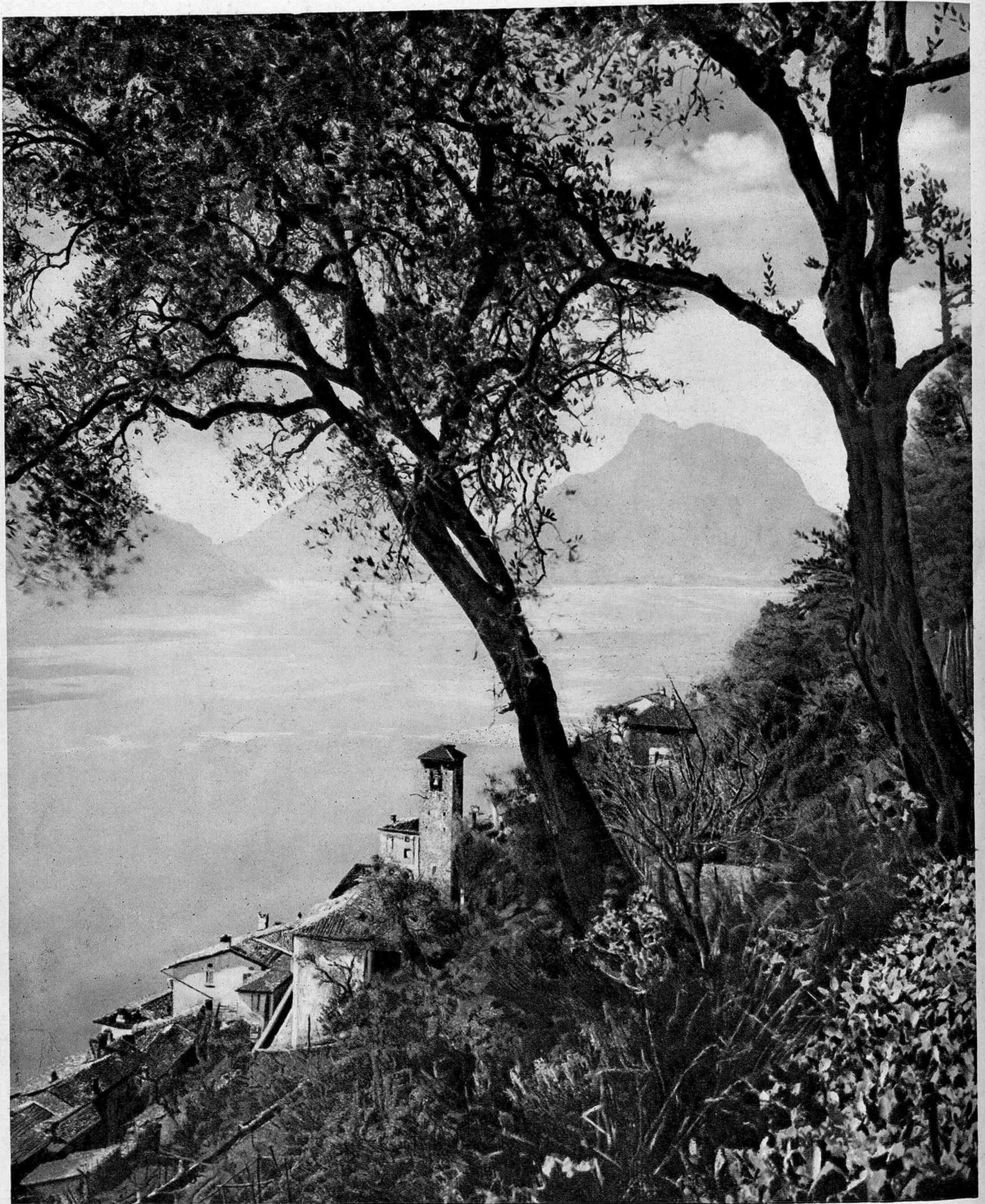


UNA FACTORÍA INGLESA CONVERTIDA EN FÁBRICA DE GRANADAS, Y EN LA QUE EL PERSONAL MASCULINO HA SIDO REEMPLAZADO POR OBRERAS

Dibujo de Matania

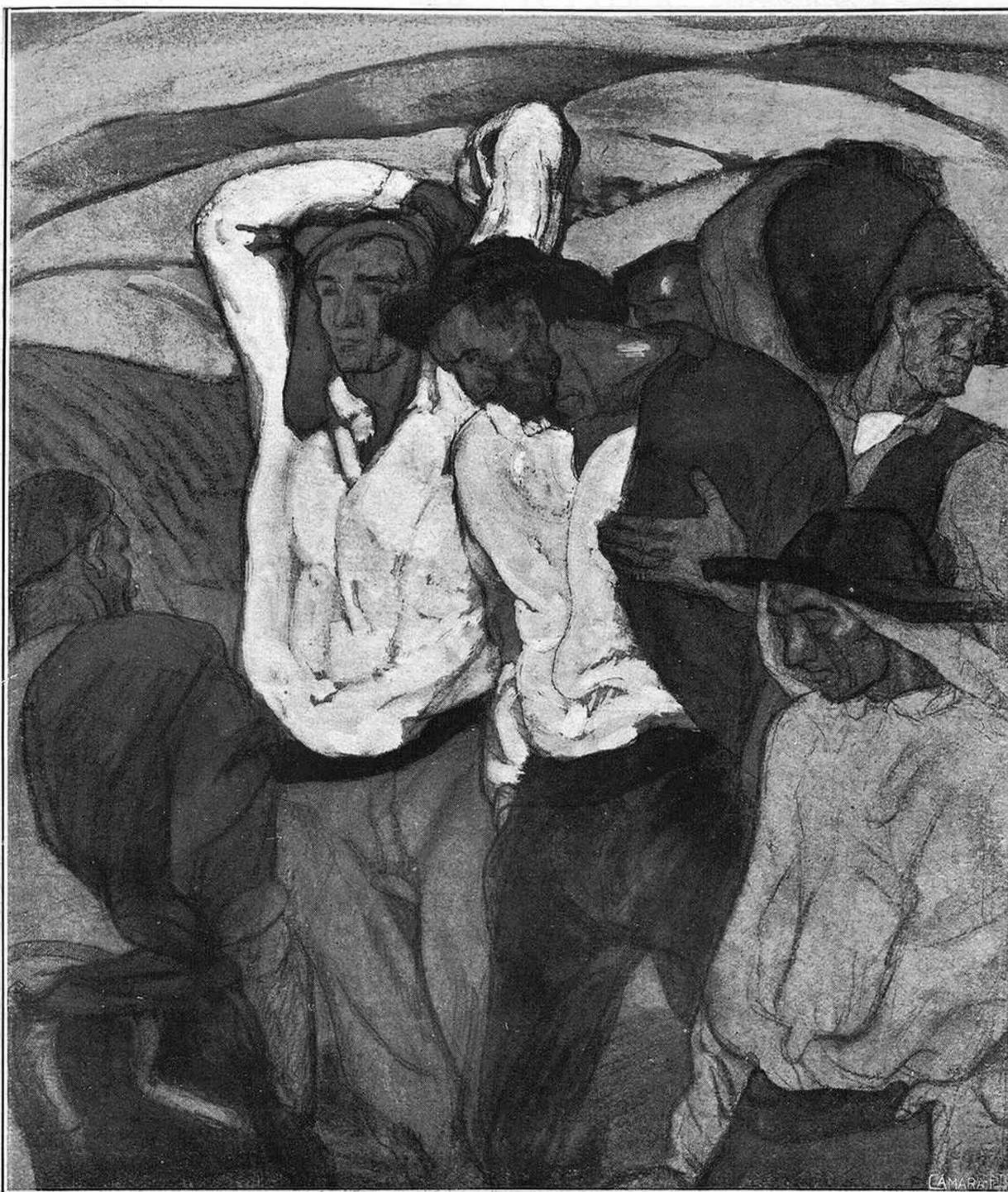
LA ESFERA

SUIZA PINTORESCA



EL LAGO DE SONDRIO

POEMAS DEL GIRASOL



LOS SEGADORES

Por la llanura caminaban cuando un resplandor de alba, como nimbo de virgen, iba clareando el horizonte.

Ventolina fresca oreaba las frentes y entrábaseles en el pecho por las camisas entreabiertas.

Cantaron todos ellos en coro: dulce y lánguido cantar de tierras apacibles, de esquilas, prados y maizales. En la hora única para respirar con descanso y alivio, despejados por la ventolina matinal, enlazábanse espiritualmente en aquel suspiro por las tierras distantes. Coro nutrido de hombres fuertes y jóvenes decía en sus dejos, arrastrados y melancólicos, la humildad tierna de una raza de gleba y de morriña.

Cuando llegaron á las tierras de siega, el sol picaba ya; después cauterizaba; poco después caía, hecho lumbre, sobre las espaldas de aquellos hombres encorvados.

Cegaba el aire, inflamado, de horno, y el azul del cielo, ardiente, espeso.

Resquebrajábese la tierra, y despedía vaho fresco y anheloso, como de fauces roncadas de sed.

A las veces, la campana del pueblo, tocando á fuego, anunciaba el incendio de algún rastrojo; erguíanse los hombres, y haciendo visera con la mano, miraban á lo lejos unas pálidas llamas, debilitadas por el resplandor de la calina, y una columna espesa que subía recta y quedaba flotando, inmóvil, en la calma. Porque ni un soplo de aire pasaba por la inmensa extensión de la llanura.

Luego volvían al trabajo. Describía el brazo diestro un arco seguro y á compás; silbaba el filo en los cañizos y el otro brazo rodeaba el haz de miés como á talle fuerte de moza.

El sol seguía dejando caer plomo sobre los riñones de los hombres que avanzaban, paso á paso, encorvados.

Verfíase el sudor de sus frentes sobre la tierra, porque así estaba escrito. Era la maldición del cielo; por eso, los hombres se tronchaban, como bajo un castigo, sobre el campo de pan, mar ond! lnte.

Peró el castigo, al cabo de los tiempos, lejos de prescribir, se había hecho más duro; el cumplimiento de la condena estaba reservado, no á los hombres, sino al hombre explotado por el hombre; para los siervos, las palabras del Hacedor eran mofa; del pan que lograsen á costa del sudor incesante, anonador, de sus pobres frentes abatidas, les quedaría un trozo ínfimo, el más negro.

Así, cuando al cabo de una jornada interminable y dura, volvían por la carretera polvorienta á las posadas, silenciosos, acansinados, lentos, vió acaso alguno que sus hoces brillaban á la escasa luz del crepúsculo con fulgores siniestros.

En su cerebro duro, debilitado por el cansancio, embrutecido por la tarea maquina, envenenado por el vino incesante que remojó los gznates reseos en la jornada tórrida, brotaba

una chispa de conciencia humana y se decían: «Al tiempo que nosotros vamos—tras..., tras..., tras...—en cuadrillas, cruzando campos yermos, por todos los eriales de la tierra resuena el mismo avance acompasado de otros parias hermanos que tienen hoz y van al son rítmico de sus zapatos—tras..., tras..., tras...—rumiando su opresión y su destino.»

Y en la sombra del porvenir creyeron ver acaso un ejército vengativo de segadores encorvados sobre la humanidad, moviendo la hoja curva, en universal siega trágica...

Rezaron... En los pajares de las ventas durmió el ejército de segadores pausadamente.

Les habían dicho que algún día, en la línea del horizonte, aquel fulgor del alba sería túnica de un Cristo redentor, aparecido, sembrador de milagros, que, con las manos extendidas, les diera el pan ganado con el sudor de sus chatas frentes de oprimidos.

Les habían dicho también que algún día saldría un sol de fuego con letras de oro que dijeran: «Justicia», «Libertad»...

No fué aquel día: el sol, el sol de siempre, ardiente y soberano, fué el único que alumbró á la cuadrilla de hombres que cruzaban el llano, cantando, con lánguida cadencia, dulce cantar de tierras apacibles...

MANUEL ABRIL

DIBUJO DE VÁZQUEZ DÍAZ

IMPRESIONES DE ITALIA
FERRARA Y LUCRECIA BORGIA

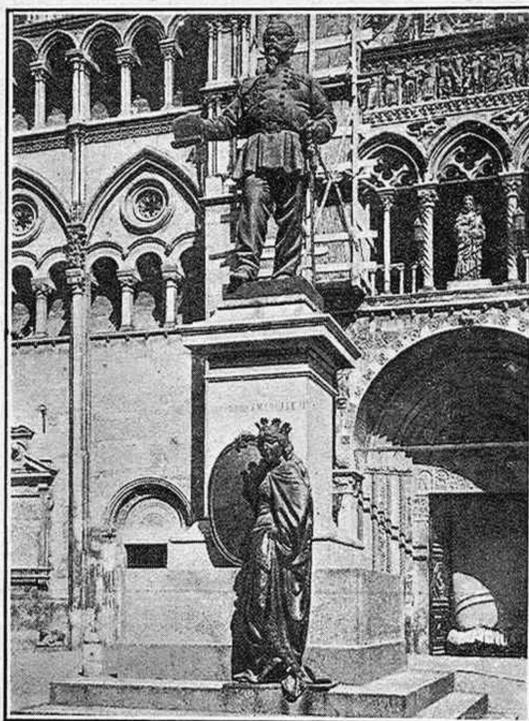
No conozco ciudad más vieja, ni más interesante, ni más curiosa que Ferrara. Hay en sus anchas calles, deshabitadas y tristes, en sus palacios, comidos por la hiedra que trepa triunfante y señoril, en el sonar opaco de sus fuentes, en el ronco lamento del bronce de sus campanas, en el paisaje triste que la circunda, un no sé qué de vagamente misterioso y trágico que os acoge el ánimo y os mueve á la meditación. Que no de otra suerte puede ser el teatro, un día bullicioso y jaranero, de las crueldades de Lucrecia Borgia, de las trovas de Ariosto y de los amores de Torcuato Tasso, el infeliz

amador. Ferrara es, toda ella, una ciudad deshabitada. Es la primera de las que llaman gráficamente los italianos *cittá morte*—ciudades muertas—. Tiene ese gesto inquietante y medroso de las amplias casonas solariegas, habitadas por un solo hidalguillo pobretón y triste, cuyas fachadas no reciben nunca el baño del sol y en donde jamás estremecen las paredes las risotadas cristalinas de los niños. Y en Ferrara, en la hueca Ferrara, sin ambiente ni calor de hogar, repercuten estrepitosamente vuestros pasos sobre un fondo de silencio y se prolonga hasta lo infinito el eco de vuestras fútiles charlas de forasteros.

Ferrara es todo menos una ciudad, con ser una capital de cierta importancia en la Emilia—Universidad, Arzobispado y su buena guarnición, por estar muy cerca de los pueblos irredentos del Trentino—. Ferrara es una pinacoteca ó un camposanto. Su tristeza nos cala prontamente el espíritu. De corte espléndida de los príncipes de Este, de escenario favorito para devaneos de damas y poetas, á mediados del siglo xvi, cuando Alfonso I ceñía la corona ducal con su mujer Lucrecia Borgia y sentaba á su mesa al Ariosto y al Ticiano, se ha tornado Ferrara en una ciudad melancólica, cargada de vestigios de su pasado, lleno todo éste de cosas lejanas y semiconocidas, que siguen viviendo intensamente en su recinto, enterrando á las vivas. Notad que Ferrara, con moradas para cien mil habitantes, no alberga hoy á más de veinte mil. Los nobles de la ciudad, los Prosperi, los Bentivoglio, los Sforza, han huído á Milán y á Roma, á Florencia y á Bolonia. Los de gotera han tenido que malbaratar su hacienda de prisa



El castillo de Ferrara



Monumento á Víctor Manuel II, en Ferrara

y corriendo por cuatro cuartos, para que las hipotecas no acabaran de mal herir, con heridas de muerte, el heredado patrimonio. La propiedad urbana no vale absolutamente nada. Uno de los palacios más bellos y típicos de Ferrara, el de los Diamantes, fué vendido por su dueño, un pobre diablo, en cuarenta mil liras. Y no se vendió del todo mal. El Municipio lo pagó con relativa espléndidez para convertirlo en Museo de pinturas.

El palacio ó castillo de Este es el más hermoso de Italia, y, desde luego, uno de los mejor y más cuidadosamente conservados. Es una maciza, una tremenda fábrica de mampostería, flanqueada en sus costados por cuatro torres cuadradas, de crestería güelfa. Protegido y aislado por fosos, élvase á un extremo de la ciudad, frente á la estatua

de Savonarola—el monje de fuego, quemado vivo por la República Florentina—, no lejos de la Catedral, insensible al olvido de los años y á la mudanza de los tiempos. En uno de sus calabozos estuvo encerrado el Tasso, que hacía reir á las gentes con sus pretensiones amorosas hacia la gentil señora de sus pensamientos, Leonora de Este.

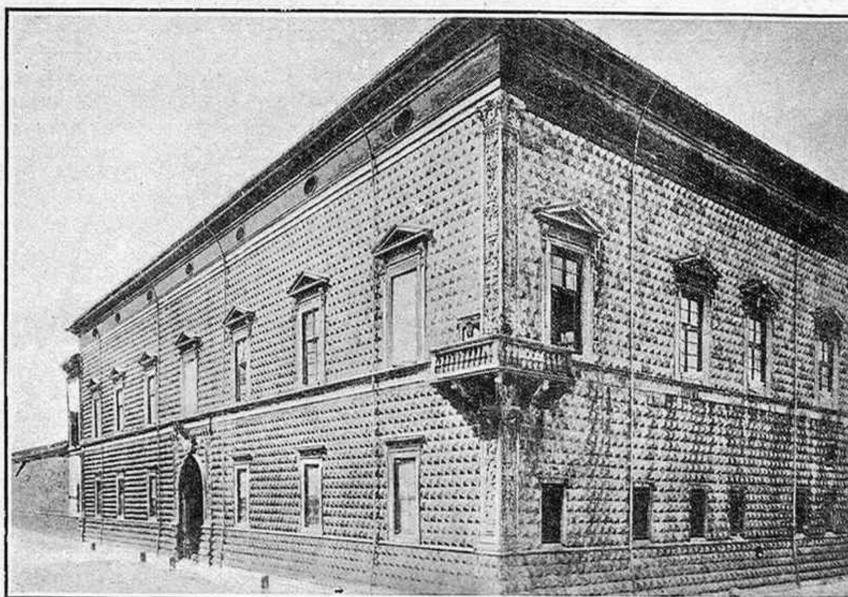
En otra cámara baja, pintó el Ticiano aquella opulenta y sensual duquesita de Ferrara—Cornelia Bentivoglio, recordada por Cervantes en *La Señora Cornelia*—. Y en sus anchos patios cortesanos, gratos á los bufones, pajes, enanos, reyes de armas, poetas, soldados, damiselas y hampones de toda laya, organizábanse las mascaradas bizarras y las procesiones brillantes, bien para recibir á los emisarios y embajadores del Papa, bien para obsequiar á los señores de Módena, sus vecinos, bien para que Lucrecia, rodeada de los magnates y de los trovadores, luciese su apostura y desenfado en un hermoso bruto blanco, cuyas robustas ancas estaban recubiertas de ricos brocados y telas. En una de las salas del palacio de los Diamantes—hoy convertida en Museo—pintores locales describieron estas escenas en lienzos ya renegridos.

Hoy el castillo de los duques de Ferrara es el palacio de la Prefectura. Y un enjambre de burócratas y de empleados invade aquellos salones, decorados con frescos, y sobre las anchas mesas de nogal se apiñan balduques y expedientes.

José SÁNCHEZ ROJAS



EL TICIANO



El Palacio de los Diamantes



LUCRECIA BORGIA

PÁGINAS POÉTICAS



LIGEIA

El bardo del horror, aquel divino Edgardo
te vió en la apoteosis de un retablo evangélico
con místicos fulgores y fragancias de nardo,
toda de oro, como una virgen de Fray Anzélico.
Aquel divino Edgardo, en sus horas tranquilas
—en medio del horror de sus días inciertos—,
te pidió el resplandor de tus magas pupilas
para ver en las sombras del reino de los muertos.
Milagrosa Ligeia, la que diste consuelo
al genio del Espanto, que jamás sonreía;
arcángel femenino que en la mano traía
el lirio anunciador de los parques del cielo.
Rojo estaba el anillo del padrino Saturno
cuando nació el divino poeta taciturno,
¡pobre Edgardo, borracho, solitario y nocturno!



pero á tu advenimiento, oh arcángel femenino,
trocaste al caminante del más negro camino
de bardo del infierno, en un Genio divino.
Fué de oro tu cabello, igual que un rompimiento
de gloria; negras fueron tus pupilas sibilas;
en sus noches de horror y de renunciamento
no tuvo más estrellas que tus magas pupilas.
Prodigiosa Ligeia, rubia virgen profética,
una noche de luna, misteriosa y magnética,
te fuiste de la tierra para siempre jamás,
lo mismo que un penacho de incienso... Y el protervo
cuervo de ojos redondos, el fatídico cuervo,
en el alma del bardo, clavó su pico acerbo,
con su negro estribillo «¡Nunca más! ¡Nunca más!»

PJT. CALVACHE

EMILIO CARRÉRE

¿SOMBRERO GRANDE Ó SOMBRERO PEQUEÑO?

Como pluma en el viento», dice la canción, y pues que esa inconstancia de la mujer es cosa de antiguo establecida y aseverada, sea verdadera ó falsa, justa ó injusta, excepcional ó general, fuerza nos es aceptarla como artículo de fe, y sólo á ciertos paladines del feminismo filosófico ó de la filosofía feminista—donceles cuya ingenuidad hace sonreír maliciosamente á las damas—, corresponde romper lanzas en torneos de prensa ó de tribuna, contra ese antiquísimo prejuicio de frivolidad, que tradicionalmente va ligado á «lo eterno femenino».

Rubias ó morenas; aureoladas por claros oros de sol ó entenebrecidas por negras sombras de misterio; de tímidas Margaritas ó de Cármenes bravías, las frentes femeninas son arcaes preciosas, arcaes breves en las que sólo caben—al decir de la fama—ideas y empeños leves.

Así lo quiere la desengañada y amorosa leyenda; así lo quieren las *quejas de amadores*, así lo quiere la gentil, la galante canción, ¡pluma al viento!...

Y bien, señoras y señores míos—¡juces éstos y parte aquéllas—... y bien, ¿conviene á esa frágil cabeza femenina un amplio y opresor tocado, que en cierto modo haga oficio de jaula, y retenga prisionera, bajo él, al ave inquieta de la fantasía, ó, por el contrario, ha de concederse libertad á este pájaro azul, y sólo han de tocarse los cabellos rubios ó los endrinos cabellos con una sombra de gasa ó con un átomo de seda, en donoso y fingido cautiverio? En resumen, y en prosa clara y llana: las hijas de aquella Eva, que siendo la primera mujer fué causa del primer desahogado, ¿han de lucir sombreros grandes ó sombreros pequeños?

¡Ved cuán inocente y sencilla parece, á primera vista, semejante pregunta!... Y sin embargo, ella es la fórmula de un problema insoluble y grave por demás...

¿Sombrero grande ó sombrero pequeño?...

Dilema es este que al comienzo de cada nueva temporada, ó sea cuatro veces por año, surge ante el espíritu indeciso de toda elegante, y reviste caracteres de trascendencia tal, que—para la interesada al menos—excede con mucho á la de la tan famosa y debatida cuestión de *superdreadnoughts* ó *fuerzas sutiles*, que en derredor de cada batalla naval discuten ahora los técnicos de agua dulce y los estrategas de *petit café*...

Y sucede lo que es lógico que ocurra en semejantes ocasiones. Al enfrentarse con dos caminos opuestos, la opinión se divide: unos toman por la derecha y otros por la izquierda, y de este modo la señora de Tal y la señorita de Cual, así como *madame X* ó *mademoiselle Z*, son partidarias decididas del *grand chapeau*, del tocado abrumador, de la «jaula» inexorable, en tanto que la señora de Equis y la señorita de Zeda, así como *madame un Tel* y *mademoiselle une Telle* adoptan con fiera resolución el *petit chapeau*, la toquilla ínfima, el símbolo de la esclavitud rota y de la libertad conseguida.

Evidentemente, si esta dama ó damisela de aquende ó allende el Pirineo, opta sueltamente por el sombrero grande, es porque tiene el convencimiento inquebrantable de que ese sombrero *le va mejor* que el pequeño, y si estotra señora ó señorita, acá en París ó allá en Madrid, se decide por el sombrero pequeño, es porque cree, con idéntica fe, que ese tocado *le va mejor* que el grande... Pero, ¿es ello así en realidad? Es menester acertar... y no todas aciertan. Aún pudiéramos añadir que muy pocas aciertan. ¿No véis á Fulanita, que es gruesa y baja, y que tocada con ese gorrito redondo y diminuto parece una de esas peonzas sobre cuyo polo superior clavan los chicos, por gala, una tachuela? Y Zutanita, que siendo flaca en demasía y teniendo la estatura de un granadero de la Guardia Imperial ha dado en lucir un inmenso *canotier* de alas amplísimas; decidme, ¿no semeja una sombrilla autónoma y ambulante?

—¡Ser ó no ser!—dijo Hamlet...— ¡Acertar ó no acertar!, podríamos decir, parodiando el trágico monólogo shakespeariano... Y en tanto, hénos al comienzo del naciente otoño en igual posición y en idéntica duda que al comienzo del ya caduco verano, preguntándonos con afán: ¿sombrero grande ó sombrero pequeño?...

Claro es que esta duda favorece grandemente los intereses de los modistos y de los *habilleurs*, quienes dedican á las formas amplias un escaparate y á las formas reducidas el escaparate inmediato. De este modo, ofrecen á las bellas dos soluciones.

Insinuantes, el modisto ó la *vendeuse*, os dirán:

—Este gran *bersaglieri* le sienta á usted á las mil maravillas... *Le irá bien* para los días de sol...

Y luego que, en efecto, comprobáis ante el espejo que el *bersaglieri* presta á vuestra delicada gentileza una paradógica y encantadora marcialidad, y cuando ya habéis decidido la adquisición de tal modelo, el modisto ó la *vendeuse* añadirán taimados:

—¿Y este pequeño *postillon*?... ¿No le agrada?... Pruébelo, no más que para ver... ¡Oh!... Parece creado para su tipo de usted... ¡Adorable!... *Le irá perfectamente* para los días nublados...

Moraleja del cuento: no pudiendo decidirnos ya á renunciar al *bersaglieri*, y convencidas, por otro lado, de que el *postillon* ¡os sienta tan bien!, compráis ambos modelos, gastáis doble de lo presupuesto y resolvéis el problema por la tangente... ¿No es así?...

Sombrero *bersaglieri*, adornado con las clásicas plumas de gallo; sombrero *postillon*, de ala breve ó nula, sin más paramento que una cinta de seda y una hebilla de plata; sombrero *alsaciano*, de terciopelo negro, coronado con un inmenso lazo de raso, negro también, análogo al que en su tocado ostentan las muchachas de Alsacia; toca *gendarme belge*, suerte de gorra de cuartel, avalorada con un borlón de hilo de oro; sombrero *pavot*, de tenue gasa oscura, que anubla el brillo del cabello como girón de niebla que velase el sol; sombreros grandes y sombreros pequeños... Hélos aquí... Ahora escoged. El caso es acertar...

Paris, Septiembre 1915.

DIBUJO DE RIBAS

ALICE D'AUBRY



EL GESTO DE LA RAZA

«Ha sido preciso decir lo que fuimos para disculpar lo que somos y encaminar lo que pretendemos ser...»

(Quevedo.—«La hora de los dos y la fortuna con seso».— Suceso XXXIX.)

Mi porte desenfadado
y aquesta banda pomposa,
bien gallardamente os dicen
que estuve en Flandes, señora;
y si nobleza quisiéredes,
mirad como la pregona
la cruz que luce en mi pecho,
cual viviente ejecutoria
de que es hidalga mi sangre
y es mi prosapia famosa.

Llevado de nobles ansias
dejé mi vieja casona;
he corrido muchas tierras
en pos de lides heroicas
y, derramando mi sangre
y acrecentando mi honra,
he conquistado mil lauros,
pero ninguna derrota.

A marchas forzadas, váse
mi juventud bulliciosa
dejándome blancas hebras
que entre mi cabello asoman;
mas ved que en mi corazón
sangre juvenil borbota.

Luché asaz; pero soy pobre
porque derroché mis doblas
en bien guarnecidos cintos
para mis ricas tizonas,
en plumas para mis fieltros
de anchas alas orgullosas
y en gigantes casacas
para mis altivas botas;
que, en poniéndome á ser grande,
ni el rey con ser rey me dobla.

De tanto gallardo arreo,
de tanta lucida gloria,
sólo han venido á quedarme
como recuerdo, señora,
unas cuantas cicatrices,
mi banda de seda roja,
la insignia del Santo Apóstol
y esta espada fanfarrona
que, más que mi brazo es débil
y es vieja y está mohosa,
para ganaros un reino
aún tiene fuerza de sobra.
Mirad si, dándoos tan poco,
llego á vuestro amor, señora;
que pues que en mi corazón
sangre juvenil borbota
—por más que entre mi cabello
nevadas hebras pregonan
que á marchas forzadas váse
mi juventud bulliciosa—
yo vos juro, á fuer de hidalgo,
por la cruz de mi tizona,
de escribir un sonetico
á vuestros ojos de sombra
ó un pulido madrigal
á vuestra purpúrea boca;
y tenderé en vuestro estrado,
con gentileza española,
una bandera enemiga
para que os sirva de alfombra.

MANUEL DE GÓNGORA

DIBUJO DE IZQUIERDO EURÁN



LO QUE FUÉ
DEL VERANO AL INVIERNO

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)



D. EMILIO FERRARI

DIGAN lo que quieran los termómetros», en Madrid ya no se conocen los terribles y persistentes calores de otros tiempos. Por cierto que la frase con que se encabeza este párrafo, figuró como tantas otras pintorescas en los balances de *El Correo*, que escribía su fundador y propietario, D. José Ferreras. Era el maestro Ferreras un periodista de verdad, sin estilo pomposo y pulido, pero con una sensibilidad para conocer las ansias públicas, un tino para deducir bien el alcance de los sucesos y un juicio para calificarlos, que valían por todos los arrequives literarios y todas las reóricas que á lo peor no suelen ir en la indispensable compañía del sentido común.

Pues bien, el calor de aquellos días del verano de 1881, fué mayor que el de estos actuales, y eso que en los presentes, el estío ha apretado de firme. Pero las condiciones climatológicas de la Corie, se han modificado mucho en el sentido de atenuar sus rigurosos extremos, gracias sin duda, al aumento extraordinario del arbolado. Baste decir, que en 1881 las que son hoy espléndidas arboledas de la Dehesa de la Villa, eran terrenos pelados, lo mismo que los del actual Parque del Oeste, convertidos de estériles verederos, en vistosas y fértiles campiñas.

A pesar de estos cambios, la vida madrileña se paraliza ahora en el verano más pronto, y más intensamente que entonces. No se conocía el kilométrico, que es un aperitivo irresistible para los viajes; no habían progresado hasta conseguir la comodidad que ahora ofrecen los grandes hoteles y fondas de segundo orden: había menos dinero, sí señor, muchísimo menos dinero y menos negocios y menos afán de cultura que en esta época. Y por todas estas razones, era menor el número de viajeros que abandonaban sus domicilios para ir en busca de aires frescos y de paisajes desconocidos.

Así, las sociedades científicas y literarias y los teatros, dilataban mucho sus períodos de actividad. De las primeras, recuerdo que en algunas había discusiones hasta muy avanzado el mes de Junio. Precisamente en los días que ahora traigo á colación y cuando ya se sudaba por la alta temperatura del ambiente, en el glorioso Ateneo de la calle de la Montera, discutíase el problema religioso en un debate de mucho interés que tuvo como nota característica la polémica seria, cortés, erudita y empeñada entre el Padre Sánchez, mantenedor ilustre y poderoso del catolicismo, un señor, Jameson, representante de la Sociedad Bíblica de Londres, que vivió muchos años en España, y otro señor protestante, alemán, llamado Fliedver.

El Círculo Nacional de la Juventud, que en 1881 tenía una gran importancia, también prolongó mucho su curso. ¡Qué círculo aquel tan memorable! En él lucían sus dotes frecuentemente González Serrano y Canalejas, que eran dos muchachos aún, pero con autoridad de verdaderos personajes por su extraordinario talento. Allí se daban á conocer los que luego lograrían

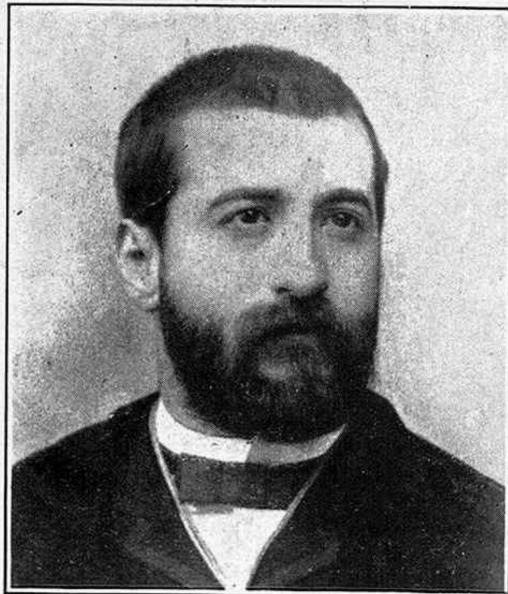
puesto notorio en la sociedad. Gómez Baquero fué de la Junta directiva. Emilio Ferrari, el poeta vallisoletano, allí se reveló. Sus primeros versos en aquel lugar los leyó Pepe Ortega Morejón, que ya es el respetable Sr. D. José, Presidente de la Audiencia y hombre que por el entendimiento y el corazón se ha ganado la alta estima en que se le tiene.

Con socios del Círculo de la juventud, se formó el núcleo del partido demócrata monárquico organizado entonces por Moret. Se llamó á sus huéspedes de los *fosforitos* y á los elementos juveniles que las engrosaron el *batallón de la sangre*. Anunció su constitución en un folleto firmado con pseudónimo, un periodista muerto en flor, Camilo Placer, que pasaba por muy listo entre los gallegos, lo cual ahorra decir si lo sería. Al lado de Moret, se agruparon el duque de Veragua, el marqués de Arlanza, D. Alberto Aguilera, el popularísimo alcalde de Madrid, Alcalá Zamora, padre del ilustre orador que ahora lleva trazas de hacer mucha más carrera que su progenitor, pues es de los que ocupan ministerios pronto y de por vida. D. Joaquín López Puigcerver, un político estudioso y notable que hace tiempo desapareció. El partido demócrata monárquico llegó pronto á las delicias del Poder como se verá en su día y acabó sumándose á Sagasta, que era una especie de acaparador de eminencias, que sin valer tanto como muchos de los que estaban en su partido, los dirigía á todos.

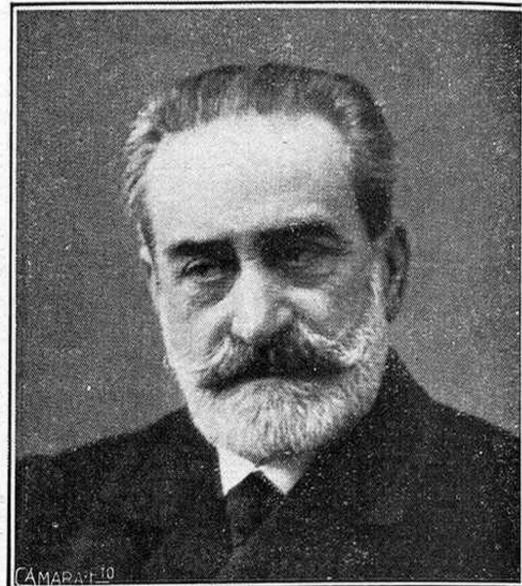
En el mes de Julio de aquel año murió D. Ventura Ruiz Aguilera, tiernísimo poeta, todo sinceridad y sencillez, de quien ya apenas si se acuerda la generación presente. También en aquel año desapareció del mundo D. Manuel de la Revilla, que en el apogeo de su juventud vió destruido por la locura, su poderoso entendimiento.

En los corrillos de los jardines, se habló mucho de la lucha electoral y del Rey de las islas Sandwich, Kalakana I, que nos visitó por entonces y quedó muy complacido de España. También dió que hablar la catástrofe ocurrida en Marsella por cuenta de una *afición* de nuestro país. En la ciudad francesa se hundió la plaza de toros y hubo muertos y heridos. También nosotros tuvimos el incendio de una plaza de toros en Madrid, pero no fué la grande, sino una pequeña que había en los Campos Elíseos, por donde ahora está el principio de la calle de Velázquez, junto á la de Alcalá. Esta plaza de los Campos Elíseos, no se reedificó, pero la de Marsella sí. Digámoslo en honor nuestro.

Al llegar el otoño, reunióse en Madrid un Congreso americanista, que por cierto debió haber sido el primero de una serie repetida periódicamente porque en tal asamblea se trataron temas de mucha importancia para nosotros y para nuestros hermanos del otro lado del Atlántico. Pí y Margall dijo en el ya destruido Circo de Rivas, una conferencia explicando el programa de su partido republicano federal pacifista. Las Cortes celebraron en Noviembre las primeras sesiones y hubo grandes discursos de Castelar, de Moret,



D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO



D. JOSÉ ORTEGA MOREJÓN

de Martos, de Cánovas, de Sagasta. Salmerón no fué diputado ni lo fué Pí y Margall. Pidal estaba en su apogeo y era el paladín de la *Unión Católica*, grupo que fundó un periódico y constituyó un círculo donde daban veladas y leían discursos y versos Menéndez y Pelayo, el gran polígrafo, Fernández Guerra (D. Aureliano y D. Luis) dos académicos que ha mucho fallecieron, así como D. Santiago Liniers, que fué en sus tiempos un escritor satírico de fama. En las veladas de la *Unión Católica*, también tomaba parte como pianista ó cantante D. Antonio María Godró, orador, con tendencias al género de Castelar y que llevado á las Cortes sufrió en ellas un cruel desencanto, borrándose para siempre de la notoriedad.

Al empezar el invierno, fué nota sensacional la del intento de fuga de los presos reclusos en el Saladero. La fracasada evasiva, fraguóse en el *patio de los micos*, que así se llamaba al departamento de los muchachos, y una vez más se clamó porque hubiese pronto Cárcel Modelo, que así se pedía entonces la que ahora existe con tal nombre.

El 1.º de Diciembre se inauguró el Hospital del Niño Jesús y estuvieron los reyes en la ceremonia. Los teatros iniciaron sus temporadas respectivas con gran brillo. En el Real ofrecieron como novedad, el *Amleto*, de Thomas, cantado por Pandolfini, que no hubiera podido vencer al Titta Rufo de hace seis años. Enrique Gaspar, que escribía muy hermosas comedias, estrenó en Apolo una en tres actos *El Problema*, que gustó mucho. Aquel Gaspar fué autor de mucho fuste. ¿Por qué estará tan olvidado? En Price ganaron dinero con una quicisosa titulada *Los Hijos de Madrid*, de donde era el estribillo tan popularizado

pero esos guardias ¿para qué son?

En la Alhambra, Emilio Ferrari consiguió que le llamaran á escena infinitas veces en el estreno de su drama *La justicia del acaso*, con muchas relaciones en quintillas (la moda de entonces), bastantes monólogos que era *lo que se llevaba* también en las obras teatrales. La que gustó mucho, pero se eclipsó en seguida, fué la titulada *Haroldo, el Normando*, un drama de Echegaray, con rasgos soberbios como suyos y frases de las que quedan.

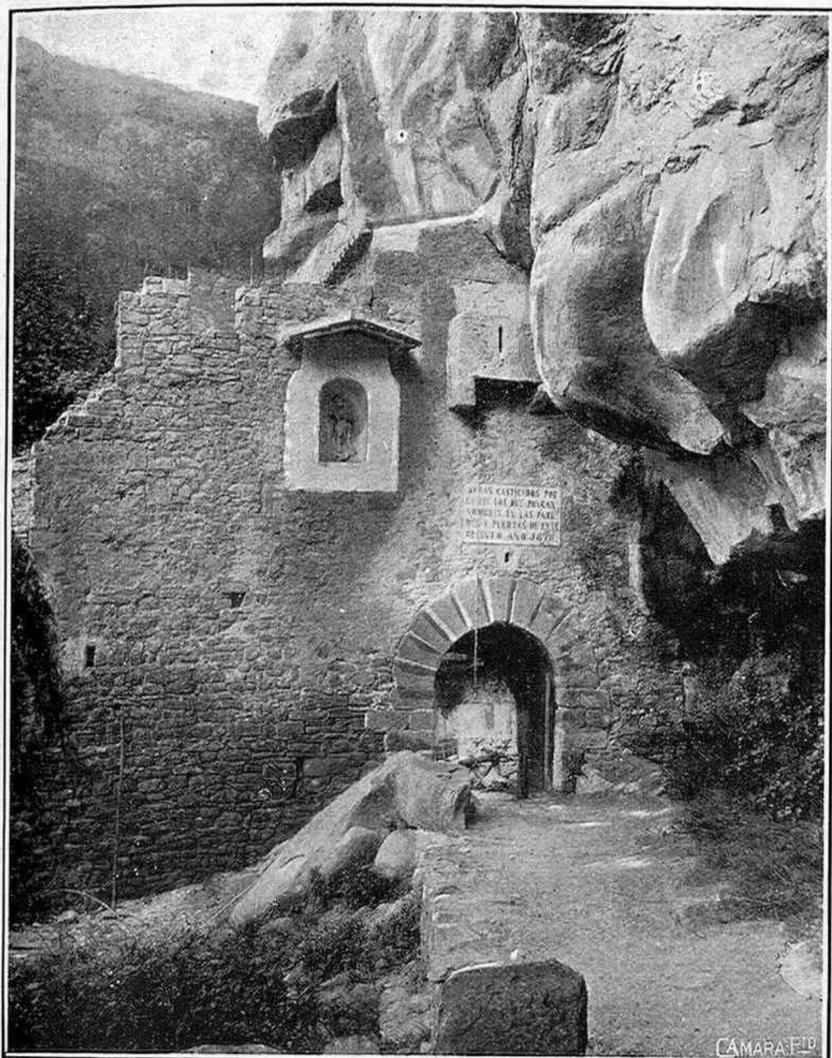
En cuanto á frases, se comentaron bastante las pronunciadas por Doña Isabel II, que en una de sus visitas á Madrid, al hablar por primera vez con Sagasta, sin recordar que Sagasta contribuyó á derribarla del trono, le dijo: «Si vieras cuánto me alegro de verte como jefe del Gobierno de mi hijo.»

Así es la vida. En menos de veinte años, los que fueron monarca y revolucionario, volvían á encontrarse como Majestad caída y representante del poder público. ¡Y todos tan contentos!

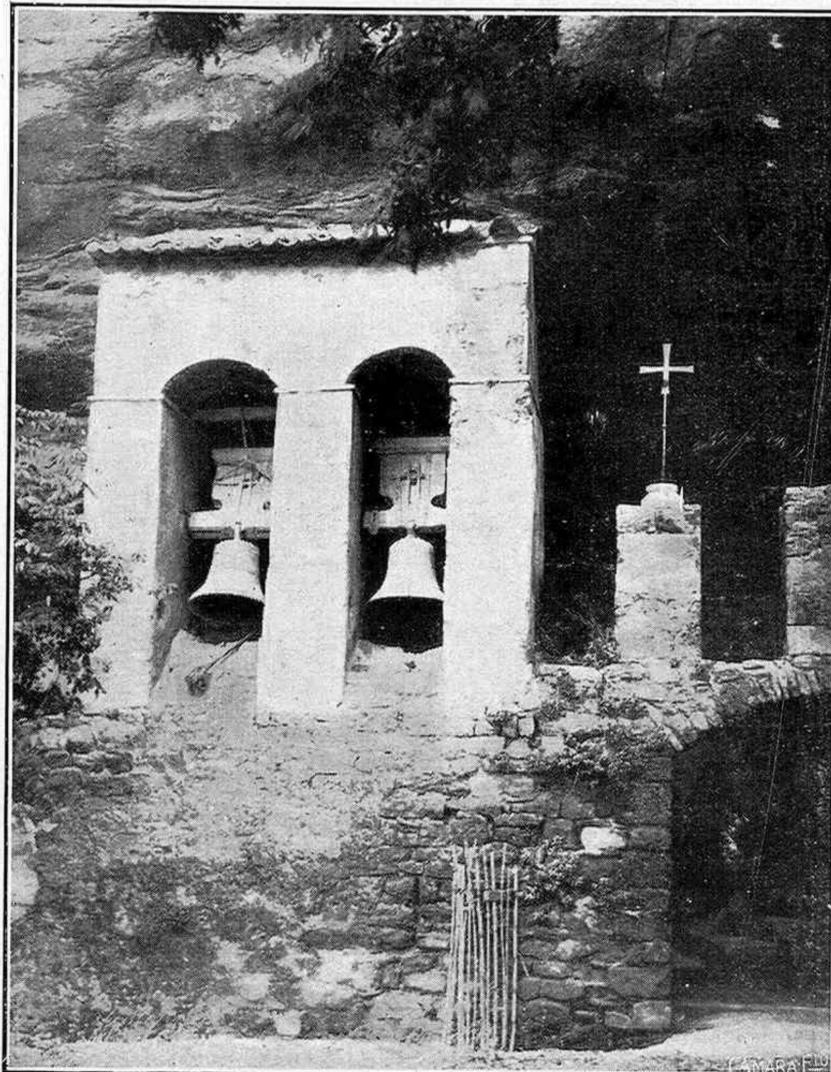
Por la transcripción,

J. FRANCOS RODRÍGUEZ

UN TEMPLO BAJO LAS ROCAS
SAN MIGUEL DEL FAY



Puerta de entrada al Monasterio de San Miguel del Fay, construido en el siglo X



El campanario de San Miguel del Fay, el más bajo de todos los de España

CERCA de Barcelona, á unos seis kilómetros de San Feliú de Codina, dejando atrás sitios tan pintorescos y que tan interesantes hechos históricos recuerdan, como el castillo de Mombuy, donde es fama que buscó refugio el conde D. Borrell II después de la batalla en que le derrotaron los moros, y la fortaleza de Moncada, cuyas ruinas ocupa la cima del monte que se divisa á poca distancia de la ciudad de los Condes, encuéntrase el Santuario de San Miguel de Fay, olvidado retiro durante muchos años de unos monjes humildes, tan amantes de la soledad y del más absoluto apartamiento del mundo, como de la contemplación de las bellezas en que, por no haber intervenido para nada la mano del hombre, delatan la grandiosidad, el supremo arte del ser extraordinario á cuya adoración se consagraban.

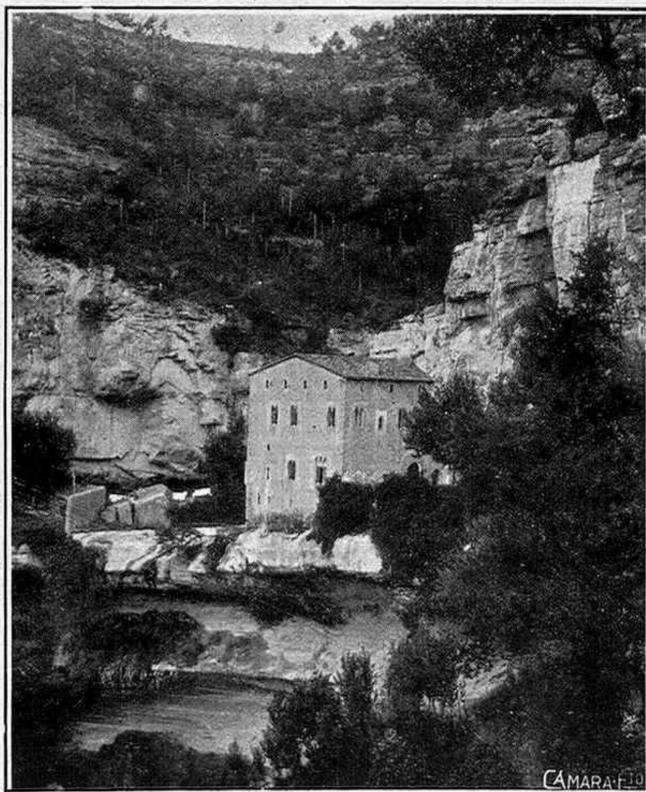
Es este Santuario, por la belleza agreste, por la grandiosidad del paisaje que lo circunda y por las condiciones excepcionales de su edificación, único en España. Así como otros atraerán la atención por la magnificencia y la solidez de sus fábricas, por su arquitectura bella y solemne, por los alardes de buen gusto y la exquisitez de sus adornos escultóricos y por la riqueza artística que lograron atesorar, como ocurre con el de Santa María de Poblet, por ejemplo, éste producirá la admiración y la sorpresa de quien lo contemple por lo contrario, por su extraordinaria pequeñez, por su primitiva estructura, por su carencia absoluta de grandiosidad y de alardes arquitectónicos y por la modestia verdaderamente rústica de su construcción.

Por de pronto, al aproximarse á San Miguel, impresionado aún el espíritu por los hermosos y varios panoramas que la Naturaleza nos ha ofrecido, un extraño mugir que entre aquellos barrancos parece resonar como una lejana tormenta, nos sorprende tanto como la frescura del aire y el aromado perfume de que está saturada la atmósfera.

Pero al avanzar unos cuantos metros es mucho más honda la admiración que nos sorprende al contemplar el paisaje que se presenta á nuestra vista. De unos gigantesos peñascos, á cuyo pie parece esconderse la humilde fachada del Monasterio, desciende estrepitosa una gigantesca cascada cuya caudalosa corriente, al precipitarse de peña en peña, deshácese en espumas que se desgajan en los picos de las rocas para continuar formando rauda corriente, que de nuevo se precipita hasta el abismo insondable en que tiene su lecho, y desde el cual se desliza por suave pendiente cuya tersura y limpidez sólo rompen algunas peñas que se oponen á su tranquilo paso en busca del cauce.

Cerca de la cascada, y en el seno de la misma peña, hállase la Iglesia que fué Monasterio, humilde construcción cuyas incomparables condiciones de soledad y apartamiento fué á compartir con los monjes que en tan escondido paraje vivían D. Guillermo Berenguer, hijo del conde de Barcelona don Berenguer Ramón I, haciendo renuncia, á la vez que de las pompas y vanidades del mundo y de la espada con que había combatido á los moros, del condado de Ausona, que cedió á su hermano mayor. En 1057 dejó de existir el noble catalán, y un sencillo epitafio recuerda en el templo la fecha de su muerte.

El templo que fué recinto de los monjes, hállase construido dentro de la montaña, que sirve de techo á la nave. Algunas columnas sostienen aquella bóveda plana que parece pronta á ceder bajo el enorme peso que sobre ella gravita y de los eclesiásticos atributos solamente se conservan dos obras de arte: las imágenes de la Virgen y San Miguel, esculpida en alabastro y del gusto gótico, la primera, é interesantísima talla en madera la segunda, que viste armadura del siglo xvi.



Vista del Monasterio de San Miguel del Fay

JUAN BALAGUER

ESPAÑA MONUMENTAL



FACHADA Y TORREONES DEL FAMOSO CASTILLO EXISTENTE EN ESPEJO (CÓRDOBA)

Tuvo lugar la construcción de este castillo, según los historiadores, en la primera mitad del siglo XIV, con motivo de la reedificación de la villa en que hoy se encuentra, y que por aquel entonces estaba derruida. En la artística fotografía que publicamos en esta plana podrán apreciar nuestros lectores el conjunto de belleza y arte que forma este castillo, cuyo mérito escultórico es considerable

FOT. CASTELLÀ

LA ESFERA

ARTE CONTEMPORÁNEO



NOCHE AZUL, cuadro original del ilustre pintor Federico Beltrán



NOCHE GALANTE, cuadro de Federico Beltrán

ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS

FEDERICO BELTRÁN MASSES

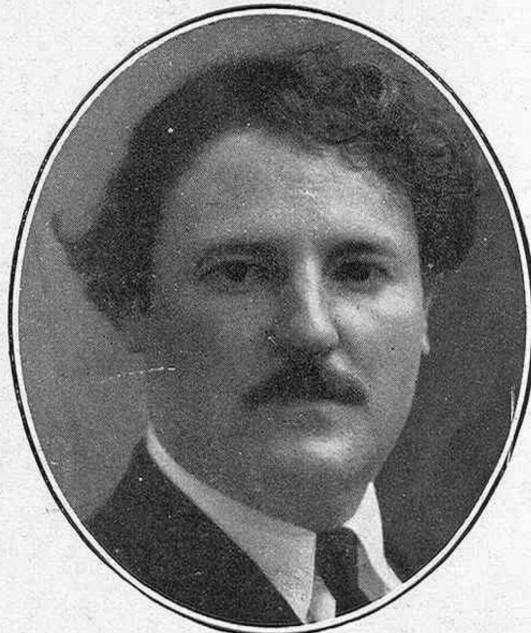
RECIENTE y vergonzoso el caso. Espíritus mezquinos atribuyeron idéntica mezquindad de pensamiento al gran artista, y su cuadro, *La maja marquesa*, hubo de ser expuesto fuera del local destinado á Exposiciones Nacionales. Acudió á verle la gente como á un cuadro de escándalo, no como á la obra bella, armónica, de una voluptuosidad limpia y noble que no se componía del carnal deleite, sino de las sutiles emociones del color, de la arquitectónica ondulación y equilibrio de las líneas, de las orientaciones idealistas que sugería.

Tan alta, tan pura la personalidad de Federico Beltrán, que muy pocos son capaces de despojarse de los humanos prejuicios para llegar hasta ella con la necesaria limpieza espiritual.

Apenas hace tres años que pasó bajo el dintel de su segunda juventud erguido y sereno, con su actitud de joven dios helénico, abombada la frente de nobles pensamientos, iluminadas las pupilas de hermosas y suntuosas armonías, casta la carne, educada por los gimnásticos ejercicios, de sano sensualismo.

Toda la obra de Federico Beltrán es una exaltación de paganía y de refinado intelectualismo. Como Gabriel D'Annunzio, este joven maestro del arte español actual, nos envuelve de magnificencia y nos liberta de la vulgaridad cotidiana.

Tiene una paleta rica de tonos y de sentimien-



FEDERICO BELTRÁN

tos conscientes. Se le adivina la complacencia con que pinta y la deliciosa tortura con que piensa. Amasa rosadas carnes núbiles—ó las otras perfumadas y sabias de cortesanas, hijas de Thais y de Friné—con ideas. A veces, una relación de valores pictóricos nos sugiere la reflexiva complacencia de una disquisición filosófica; á veces, el oculto ritmo de los propósitos psicológicos es una armonía de tonos y medios tonos embriagados de luz.

Porque parece un externo contemplador de la vida en sus aspectos sensuales y es un analista inquieto y acuciado de infinitas preguntas íntimas. No contemplaréis sus cuadros con ese libertamiento de alma que vemos tantos de tantos que sólo son maravillosos técnicos. Porque llegar ante un cuadro de Federico Beltrán es como si nos lanzáramos en un regocijado ademán de hombres que buscasen dichas y floridas esclavitudes.

Siempre la obra de Federico Beltrán surgió una sensación grandiosa, pero sujeta por elegancias y refinamientos. Es ahora, á partir de la tendencia que iniciara precisamente *La maja marquesa*, cuando estamos más seguros de encontrar al gran pintor en toda su magnificada exuberancia de poderíos técnicos y de desbordamientos emocionales.

En su estudio de Barcelona tiene el joven

maestro una exposición permanente de sus cuadros futuros. Esto requiere una explicación. Nada hay inconsciente; nada brota porque sí y falto de antecedentes en la obra del gran pintor. Tiene trazada de antemano la trayectoria de su arte, seguro como está de que no habrán de falsearle ulteriores rectificaciones. Ante los ojos de un profano ó de un distraído, esos cuadros pequeños, abocetados, imprecisos, no parecen sino fugitivas notas de color. Son mucho más. En primer lugar, apresamientos de la luz propia, esa luz que, como en todos los grandes pintores, es inconfundible en Beltrán; luego, afirmaciones inatacables de belleza externa y de ritmo interior que constituyen como capítulos de una obra amplia y concreta á un tiempo mismo cual la de Gabriel D'Annunzio.

De toda esta exaltación divinizada del color y de la idea que significa el arte de Beltrán, hay algo que triunfa sobre los demás motivos de belleza: el desnudo femenino.

La hipocresía española, envilecida por sus vergonzosas lujurias contenidas y desviadas, no puede comprender cómo es de puro y de sano este sentimiento de adoración que conmueve á Federico Beltrán, al elegir en un desnudo todas las bellas visiones de cielos, mares, joyas, jardines floridos, telas suntuosas ó frágiles...

Raro es el cuadro de Federico Beltrán donde no encontremos la flora rítmica de un cuerpo de mujer totalmente desnudo ó prometido entre gasas y sedas. Aun en



ESPERANZA



EL MANTÓN ROSA, cuadros de Federico Beltrán

aquellos donde las mujeres están vestidas, se adivina la complacencia del pintor en modelar bajo las telas la femenil euritmia.

La alegría de los maestros flamencos, sin su, á veces grosera, vulgaridad de mujeres gordas y rubicundas. Diríase que aprendió en ellos el amor á la vida; pero lo depuró en los franceses del siglo xviii, sin olvidar que todo su espíritu estaba impregnado de helenismo mucho antes y para mucho después.

Y, sin embargo, menguado de alma tiene que ser el que sienta agujijones de baja concupiscencia frente á un lienzo del joven maestro. Es precisamente todo lo contrario: una voluptuosidad ofrecida para deleites de la mirada y del intelecto, sin enfangarse en torpes salacidades.

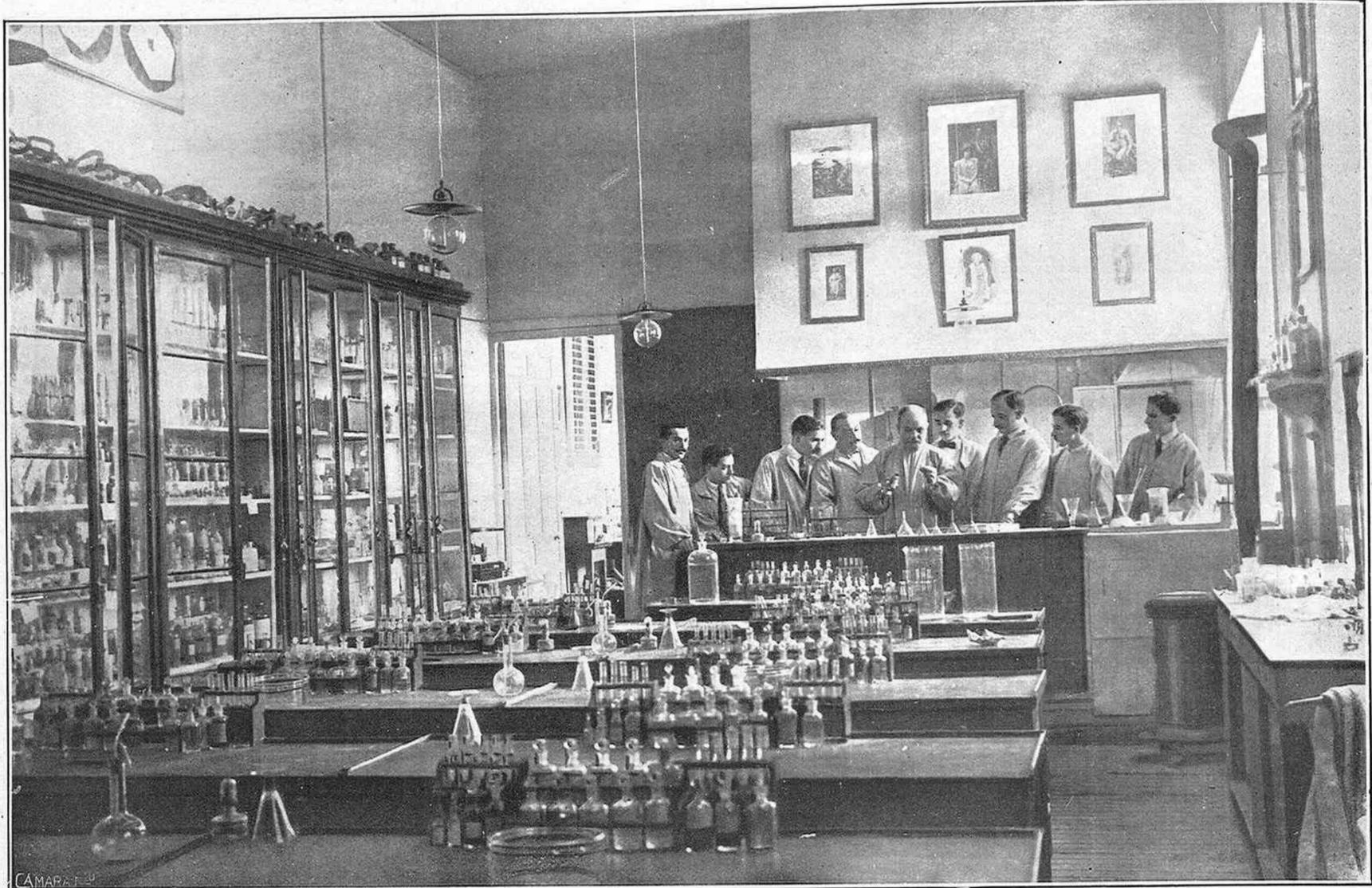
Responde á la vida normal, febril sólo de trabajo, que lleva el joven maestro. Alejado de la capital, en un hotel cercado de jardines umbríos y llenos de los fugitivos colores y los gritos fugitivos de pájaros exóticos, descansando en sutiles regocijos intelectuales, va Federico Beltrán realizando estas obras que responden á uno de los más exquisitos credos estéticos de nuestra época.

Así se comprende cómo es de enérgica su obra dentro de su languidez; de perdurable detrás de su engañosa momentaneidad; de profunda en su externa ligereza; de ingenuamente graciosa al triunfar sobre la aparente perversidad.

Y toda ella envuelta en la deliciosa música y mecida por el perfumado viento que conociera la florida embarcación con rumbo á Citera...

SILVIO LAGO

PAGINAS CIENTIFICAS
EL LABORATORIO DEL DOCTOR MAESTRE



Un aspecto del Laboratorio del Dr. Maestre, durante un análisis hecho por el ilustre profesor, á presencia de sus discípulos

«Nuestro mundo aún está en sus comienzos; su edad es muy corta; por este motivo las artes no han adelantado y algunas hay que ahora se inventan.»
Tito Lucrecio Caro.—*De Rerum Natura*, lib. V, carmina 530 y siguientes.

Fue un día de aquellos en que el termómetro centígrado, señaló 43 grados á la sombra, en esta Villa y Corte; un día canicular, de temperatura de horno, en que los gorriones se retiraron medrosos á sus aleros y los guardias de Orden Público á las umbrosas tabernas; un día de fuego, ígneo, abrasador, de los primeros días del caos, aquel en que decidí sorprender al Dr. Maestre en su propia salsa.

No fui á buscarle, ¡claro está!, al Congreso, al Senado, ni al salón de Conferencias, porque esta aventura de la política es para el catedrático de *Medicina legal* un entremés ó trabalengua, en que se ríe á sus anchas, y al que sólo consagra parvos ocios. Le harán ministro y seguirá riéndose por dentro y por fuera; porque cree fácil una *república* modelo y sabe que en España es imposible, si se atiende á la psiquiatría reinante.

Fui á sorprenderle en su laboratorio médico-legal de San Carlos, una celda de los cenobios modernos, donde se trabaja, se enseña y hasta se aprende.

Traspuesto el ancho portalón de labrado granito, que da entrada á la Escuela de Medicina, por la calle de Atocha, me ofuscó la luz del amplio jardín ahora solitario, otras veces lleno de estudiantes; en este jardín el Dr. Fornes da su clase de Higiene, convirtiéndole en un verdadero rincón de la Academia ateniense.

Variadas flores columpiadas por el céfiro indican que no es un jardín abandonado; por esta vez la Administración pública justifica sus despilfarros.

No sé por qué se me ocurren estos pensamientos: ¿quién ha descubierto las virtudes de las plantas medicinales? ¿Fue su bondad ó el estudio constante de los hombres? ¿Las plantas tóxicas se enorgullecen con sus esencias venenosas? ¿Quién separó por primera vez las plantas sa-

ludables de las mortíferas? El sol alumbra lo mismo los euforbios que las malvas; es el hombre el que ha hecho la separación con el trabajo constante. Corta es la vida, largo el experimento; pero todo lo vence el trabajo. Y de la labor continua son permanente ejemplo las plantas; por eso mientras sus raíces rebuscan en lo hondo, sus troncos y sus ramas se dirigen á las nubes. Dios quiere que los hombres las imiten.

—¿El Dr. Maestre?—pregunto á un bedel, que distrae su fastidio, contando las losas del pavimento.

—Está en su laboratorio—me contesta. Y como al mirarme advierte en mí duda y perplejidad añade:

—Por aquel corredor, torciendo á la derecha, hallará usted una puerta entornada, que da acceso á una escalera. Sube usted por ella al segundo piso. Allí es.

Y despidiéndose con una cabezada humilde tornó á su algoritmo lithostrático, como diría un clásico. A éste le falta el bullicio de los estudiantes, pensé para mis adentros, y me puse en camino.

Saludé el *Ateneo de internos*, la Biblioteca y cuanto indica altruismo y bondad, por aquellos andurriales; pasé el corredor, hallé la puerta y la escalera empinada, cuyos tramos al subir se estremecen como los brazos de una higuera á la cual se trepa para hurtarle el dulce fruto...

Aquel temblor inusitado ¿no era una protesta contra el intruso?

Por fin llegué al piso segundo, sudoroso, jadeante, angustiado, hecho un mar de 43 grados á la sombra, propio para engendrar el *bathivius* de Hæckel que no halló su autor en parte alguna.

—¿Don Tomás Maestre?—pregunté con timidez de catecúmeno, sin atreverme á pasar el umbral de aquel antro del saber.

Aunque había en el laboratorio varios ayudantes y alumnos, el propio Doctor responde, desde dentro, antes que nadie, con esa viveza democrática, ingénita y atrayente, característica franqueza, que constituyen su mayor encanto.



Dactilografía de una mano, obtenida por el procedimiento especial del Dr. Maestre

—¡Hola! ¿Usted por aquí? Me alegro mucho. Después de presentarme á aquel núcleo de trabajadores de la ciencia, ante los que me inclino respetuoso, el Dr. Maestre, sin concluir de hablar, á chorro abierto, rápido, sin pausas, con voz que más bien suplica que manda, pero que obliga, como si el tiempo nos faltara y el mundo se acabase, dijo encarándose con el segundo de á bordo, un joven de aspecto novelesco, con ojos azules, que unas veces aprueban y otras niegan los aforismos del maestro.

—Prepare usted la almohadilla, los polvos, el papel, porque vamos á filtrar en nuestro dactiloscopio poroscópico, á este buen amigo.

Cuando vuelve la espalda el Dr. Maestre y dejan de subyugarme sus miopes pupilas escrutadoras de tirano bondadoso, observo que la estancia se halla repleta de mesas que sin pequeños laboratorios; en el fondo se distingue un hogar eléctrico, donde humean volteando retortas, tubos de ensayo, crisoles y matraces; las paredes altísimas casi desaparecen tras de los armarios de pino y cristal; los espacios libres están cubiertos por reproducciones de cuadros hermosos y fotografías espeluznantes; un contraste entre lo horrible y la belleza; la colección completa de suicidas la interrumpe un agua-fuerte que representa las fraguas de Vulcano, pintadas por Velázquez; siguen hileras de muertos por traumatismo en que se ha reproducido todo lo doloroso; para aplacar el ánimo de los visitantes, corona aquellas desdichas, otra estampa que reproduce la Virgen rubia, de Murillo; la Virgen parece decir: el dolor humano no tiene medicinas en la tierra, sólo lo cura la posesión de la divinidad; casi en el zócalo, á la altura normal de la cara entre las fotografías de los miserables, verdaderas piltrafas humanas que perdieron la vida bajo las ruedas de una locomotora; se ve un grupo de retratos que al parecer no guardan conexión entre sí, pero en el laboratorio del Dr. Maestre todo se explica. Allí están el Conde de Bugallal, que crió el laboratorio; el Conde de Romanones, que lo dotó con una pequeña subvención; Domínguez Pascual, que firmó el primer libramiento para material científico; Jorge Silvela, que es un entusiasta y constante favorecedor. Esa medalla de cobre es la de Cajal, padre de todos los investigadores modernos; aquí está el retrato del Dr. Calleja, que era Decano de la Facultad de Medicina cuando se creó el laboratorio; esas fotografías de los Reyes me recuerdan su interés por la ciencia y su visita.

El Dr. Maestre interrumpe mis reflexiones exclamando:

—Aquí está la almohadilla. Verá usted con qué limpieza se ejecuta la operación. Usted déjese llevar. Yo lo hago todo. Así.

Y dicho y hecho; me coge la mano, la posa suavemente sobre la almohadilla, y después me obliga á imprimir la huella grasienta sobre una hoja de papel blanquísimo. El ayudante vierte en el papel unos polvos negros que al agitarse se fijan y dibujan las líneas quirománticas, y hasta la disposición y traza de los poros, si se mira el dibujo con una lupa.

El Dr. Maestre me clasifica instantáneamente entre la gran familia de los dollicocéfalos y me señala un origen ibero, puro, á pesar de mi aspecto de moro pobre.

Como soy íntegramente español y por nada de este mundo quisiera serlo á medias, me enorgullece el saber de un modo científico que mi españolismo es de casta y raza. Si por accidente hubiese resultado mestizo, allí mismo me hubiera suicidado. Pero, ¿cómo diante denunciarán las rayas de la mano este enigma de la génesis?

ooo

Después de enseñarme la casa como familiarmente dice el Dr. Maestre—cuatro habitaciones llenas de armarios repletos de libros científicos, preparaciones microscópicas, plantas y cráneos—, el sabio catedrático tuvo empeño en que yo viese y tocase, el depósito de ranas, el *aquarium*, poblado de peces, la gran jaula que parece animada por los trinos y los vuelos de los pájaros.

En aquellas cuatro habitaciones ha dejado el Dr. Maestre cuanto dinero ha podido sacar al Estado y sus propios ahorros. El mismo hizo la instalación y clavó las tachuelas y alcajatas no cediendo en actividad ni á sus propios alumnos.

De pronto el Dr. Maestre se puso serio, acercó un alto taburete á su mesa de trabajo, preparó un microscopio Zeiss, se aseguró de su exacto funcionamiento y abriendo una caja de preparaciones eligió una y con voz reposada, que apenas se atrevía á salir de los labios del sabio, entre

lección y secreto de confidente, dijo sobre poco más ó menos:

Amigo Comenge: la sangre según todos los sabios, es un tejido fluido, rojo intenso, que consta de numerosos corpúsculos discoides y amarillentos, los cuales flotan en una materia intercelular, transparente y espontáneamente coagulable. Si se mira al microscopio una gota de sangre humana aparecen á nuestra vista tres clases de corpúsculos: los glóbulos rojos (*hematíes*), los *leucocitos* ó glóbulos blancos, y los *plaquetas* (hemotoblastos de Hayem). Los *hematíes* dan á la sangre su color de púrpura y la mayor parte de sus cualidades; afectan la forma de lente bicóncava de contorno circular si se les examina de canto; vistos de frente, aparecen circulares y más claros en su centro que en la periferia; aislados, su color es amarillo verdoso; rosáceo anaranjado si se sobrepone varios de ellos; rojo intenso si se acumulan muchos. Hasta el presente la ciencia cree que carecen de núcleo y de todo rastro de estructura; su perímetro es correcto, su contenido homogéneo; cuando están en reposo parecen monedas contadas y apiladas; su número es enorme; en un milímetro cúbico se cuentan cuatro ó cinco millones; son de formas alterables y el agua los empalidece porque al robarles la hemoglobina los reduce á esferas blancas casi invisibles (*estroma*).

Los glóbulos rojos de la rana presentan á su

cia militar, los que racionan y alimentan al cuerpo.

Carecen de red que dificultaría sus rapidísimos viajes, no tienen núcleo los de los mamíferos por una diferenciación utilitaria, para que el glóbulo condense más oxígeno en menos volumen, para que la carreta, limpia de viajeros pueda llevar á las profundidades misteriosas y ocultas de los tejidos más cantidad de vida.

Esto es lo aceptado por la ciencia, pero... Aquí la voz del Dr. Maestre tomó un sonido opaco, trastornador, magnetizante; su cabeza iluminada, de apóstol, se transfigura y con suma modestia pero con gran seguridad añadió:

—A menos de que mis sabios compañeros me demuestren que estoy en un error, yo creo..., yo veo..., aquí debajo de estos cristales, que los hematíes tienen á su alrededor un retículo como el glóbulo rojo de la rana; yo he sorprendido y conmigo mis ayudantes y alumnos que los glóbulos rojos tienen núcleo... y que—no sé si atreverme á decirlo, porque he prometido las primicias á Valladolid—, que su función es más grande en la fisiología humana de lo que la ciencia le había hasta ahora asignado... Pero... no me atrevo á afirmarlo, observo, estudio, escribo y callo. Que los sabios verdaderos, los que están á la cabeza de todos pronuncien la sentencia definitiva.

Ahora, usted amigo Comenge, con toda liber-



El Dr. Maestre haciendo un estudio antropométrico á uno de sus alumnos POTS. SALAZAR

alrededor un retículo que los envuelve como á los peces la red; esta singularidad no se había observado en ningún otro animal sin que los hombres de ciencia diesen de ello explicación satisfactoria. Después veremos con el microscopio por testigo, si hoy por hoy se puede contestar y resolver satisfactoriamente esta duda.

Cada parte de la sangre tiene una función fisiológica que cumplir. Los glóbulos blancos son la policía, los que realizan la asepsia intracelular, apresando, destruyendo y absorbiendo los tejidos cuya oportunidad fisiológica pasó, y englobando, tal vez digiriendo como quiere Metchnikoff, todos los microbios y partículas orgánicas de pequeñas dimensiones. Son guardias de seguridad y cárcel, juez y cadalso, sin que se les mude el color.

Los *plaquetas* constituyen la cruz roja, el Cuerpo médico encargado de curar las heridas y contusiones produciendo tapones obturadores que previenen y restañan las hemorragias y dan salud á las venas y arterias.

Los glóbulos rojos son células muertas, que han perdido su estructura para atender mejor á su oficio, que no es otro que servir de vehículo al oxígeno, tomándolo del aire en el pulmón y llevándolo y distribuyéndolo en el interior de los tejidos. Los primeros vigilan, encarcelan y destruyen; los segundos separan y curan, los *hematíes* son los conductores de la vida, la intenden-

tad observe las placas, analice las preparaciones y forme juicio.

Si yo fuera Doctor en Medicina en vez de serlo en Derecho, ciencia de notorio enredo ó inutilidad, tal vez hoy mi artículo sería un repique de campanas en honor de la ciencia española; pero imperito en el arte de curar opto por el silencio y enmudezco antes que nadie me tache de lego en saber tan equívoco y difícil como el de la Histología.

Lo que ví en el Laboratorio del Dr. Maestre no es obra de magia ni de cábala, sino producto victorioso de una labor continuada y feliz; creo que los cristales no mintieron al neófito y aguardo á que los sabios revisen y aprueben las preparaciones para cantar victoria.

Yo intentaría en este instante revelar los secretos de D. Tomás Maestre; pero, ¿no sería esta frescura de catecúmeno, hacer traición á Valladolid? ¿No perdería interés tal narración en mis labios?

Basta á mi impaciencia con anunciar que se avecina una revolución médica.

El tiempo, gran fiador de lo permanente, confirmará mi profecía y ¡ojalá que como en los días radiantes de la aparición de nuestro Cajal, podamos gritar todos, viva España!

Férvidamente deseo que se abra la caja de nuestras leyendas.

RAFAEL COMENGE

DE NORTE A SUR

La casa de Horacio

Cuando el profesor Angel Pasqui, á quien se deben importantes hallazgos arqueológicos en toda Italia, preñada aún de ignoradas ó presentidas bellezas pretéritas, anunció que había descubierto en la Sabina, precisamente en Licenza—la antigua *Digentia*—las ruinas de la villa de Horacio, todo el mundo acogió incrédulamente la noticia. No faltaron incluso colegas suyos que atacaron en informes, al parecer luminosos, la imposibilidad de tal descubrimiento.

Angel Pasqui no se dejó vencer por la ajena hostilidad ni se desconcertó por las chanzonetas ajenas. El tiempo vino á darle la razón. Las ruinas descubiertas en Licenza pertenecen, efectivamente, á la casa de campo que el Emperador Augusto regalara al poeta romano, y que el poeta, á su muerte, legó al Emperador.

Allí vivió durante treinta años el autor de las *Epístolas* y de las admirables *Odas*, consagrado á una vida fácil y placentera, como buen epicúreo, sin perjuicio de atacarla en sus *Sátiras*, donde le hallamos retratado.

Y de igual modo que en sus propios escritos puede reconstruirse el retrato físico y moral del poeta, hállese en las ruinas descubiertas por Angel Pasqui, la magnificencia de su vida.

Forma la casa del poeta venusino un rectángulo perfecto, cercado por un vasto jardín con criptopórtico y amplia piscina para proteger contra el calor las habitaciones del dueño, que ocupaba la mitad del edificio, destinando el resto á los esclavos y á las dependencias auxiliares.

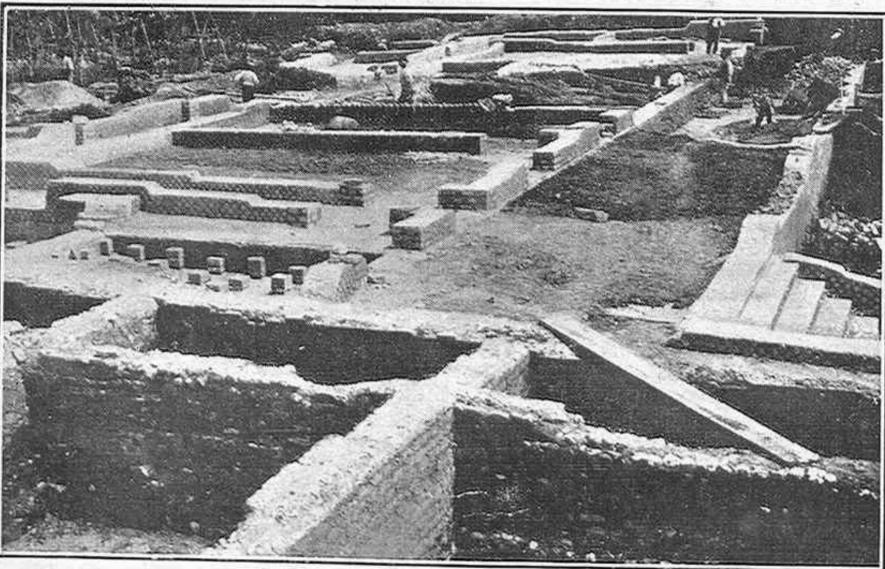
El criptopórtico tenía el suelo de mármol y los de las restantes salas eran de preciosos mosaicos, cuyos fragmentos atestiguan todavía el lujo y el buen gusto.

También se han hallado numerosos candelabros, ánforas, joyas y utensilios domésticos, que se exponen en un pequeño museo del pintoresco pueblecillo de Licenza.

He aquí un nuevo imán de la sensibilidad, un nuevo refugio de la emoción y una ruta nueva al fondo de la cual, como las vírgenes prudentes, con sus lámparas encendidas, esperan las evocaciones.

Dulce será, sentado sobre las piedras que oyeron las *carminas ad Ivram*, del poeta, y que presenciaron las orgías hijas de aquella época de molicie, releer las *Sátiras* y las *Epístolas*, que son las más bellas obras de Quinto Horacio Flaco. De Horacio que, aun viviendo en el siglo de Virgilio, Propertio y Tibulo, era amado preferentemente por Augusto y por Mecenas. Decíale Augusto: «Si juzgas que debes despreciar mi amistad, has de saber que no correspondo á tu desprecio con el mío». Y Mecenas, al redactar su testamento, rogaba al Emperador: «Acuérdate de Horacio Flaco como de mí mismo».

Correspondióles á ambos el poeta en incesantes alabanzas y con entusiasta cariño. Sobre todo al último, puesto que cumplió á Mecenas su promesa de no sobrevivirle mucho tiempo, muriendo veinte días después, el 5 de las calendas de Diciembre del año 746 en Roma.



La villa de Horacio, recientemente descubierta en la Sabina. FOT. PARRONDO

No todo fué, sin embargo, alabanza en torno de Horacio. Reprocháronle sus compañeros, y aun los críticos de los siglos posteriores, dos aspectos de su vida y de su obra que consideraban indignos de la grandeza del venusino. Es el uno su llamada cobardía cuando en la batalla de Filipos, combatiendo como tribuno militar por la gloria y poderío de Bruto, arrojó el escudo y huyó de la posible muerte.

El otro aspecto es el orgulloso egotismo, el altivo desdén con que juzgaba la obra ajena comparándola con la suya propia. Recordemos el final del libro tercero de las *Odas*: «He terminado un monumento más duradero que el bronce, más alto que las pirámides, suntuosa obra de reyes; un monumento que la lluvia no desmoronará, que no podrán derribar ni el furioso aquilón, ni el transcurso de innumerales siglos, ni la huida del tiempo. No moriré del todo».

Y, sin embargo, si Horacio no hubiese arrojado su escudo en Filipos, tal vez no hubiera podido escribir esas palabras que, por muy egolátricas que sean, no eran por eso menos exactas en su virtud de profecía. Ya lo veis. Han pasado veinte siglos, se alzaron y se hundieron muchas civilizaciones y todavía las estrofas de Horacio cantan como nuevas en nuestro corazón.

¿Acaso no debemos tenerlo en cuenta ahora, con motivo del más grande de los poetas actuales, con la gloria más alta de Italia?

He nombrado á Gabriel D'Annunzio. También se le reprocha haber tenido miedo en la guerra, también se le censura el culto del yo, de que hace magnífico y orgulloso alarde en todo momento.

Pero D'Annunzio, como Horacio, no nació para caer en un campo de batalla, y cuando emudezca para siempre, tampoco «morirá del todo»...

El traje chino

Mientras los hombres se matan, se arruinan ó se enriquecen durante esta guerra terrible, las mujeres siguen dando la razón á los antifeministas que afirman la inferioridad mental femenina. Hay, naturalmente, aisladas excepciones, y no hace falta ser muy sagaz para comprender que las mujeres de las regiones invadidas como Bélgica y Polonia, ó de las naciones en que comienza á sentirse el hambre y la miseria, como Alemania, harta amargura tienen en su alma para lanzarla á piruetas frívolas. Pero aun en las mismas ciudades devastadas por la guerra, en los palacios, hoteles, teatros y balnearios transformados en hospitales de sangre, obsesiona á las mujeres la tiranía de la moda. Esas damas de la Cruz Roja francesa, alemana, inglesa y rusa, coquetean con su blanca vestimenta lo mismo que si lucieran un descolgado traje de soirée ú otro ligero y tentador de lawn-tennis.

Dejemos para otra ocasión el ver cómo los caricaturistas han interpretado este aspecto jocoso de la gran tragedia. Aquí, en esta misma sección, hemos comentado el concurso que iniciara Mrs. Milched Johnston, de Nueva York, para premiar el figurín de un traje universal y en el que obtuvo el premio la señorita Jessie Rosefield. El modelo de la señorita Rosefield se resentía de demasiada actualidad bélica. Los lápices de los caricaturistas también se inspiran en uniformes ó fantasías á la manera de los disfraces carnalescos de fines del siglo xvii.

Pero Miss Kathleen Howard ha prescindido del actualismo, ha vuelto la mirada al Oriente lejano, y en pleno Nueva York, como una reparación á los miles de chinos que arrastran una vida precaria en la capital de los Estados Unidos, pasea vestida fastuosamente, como una dama del antiguo Pekín.

Miss Kathleen Howard no ha pasado inadvertida, y aunque no tanto como el que suscitara aquí en Madrid las primeras «ingenuas» de la falda pantalón, sí ha producido cierto revuelo la presencia de la cantatriz vestida de china en medio de las calles neoyorkinas. Porque la señorita Howard es contralto de ópera. Tiene esa estatura arrogante y esa prestancia altiva tan característica de las cantantes de la voz cálida y los papeles enérgicos. Tal vez esto la diferencia bastante del tipo amuñecado y frágil de una verdadera china. También su traje es una chinería algo teatral, como las novelas empalagosas del Sr. Pierre Loti, el comisionista de lo exótico. Miriam Harry y Claudio Farrere, que han dignificado la novela orientalista de la cursilería característica del autor de *Madama Crisantemo*, rechazarán seguramente el un poco arbitrario traje de Miss Howard.

No importa. Tal vez sea esa audacia de la contralto yanqui el comienzo de una revolución en el vestir europeo. Así como así, todos los valores europeos están en la más espantosa de las decadencias. Por lo menos en España no resultaría fuera de toda lógica la nueva moda de vestirse á lo chinesco. Los chinos tienen muy en cuenta la siguiente regla de indumentaria: «Es poco conveniente en una mujer no llevar pantalones, y de mala educación en un hombre no llevar faldas adicionales al vestido».

Y en España abundan las mujeres que se han puesto los pantalones del marido, y no faltan tampoco señores que merecían unas faldas... por muchos estilos.

José FRANCÉS



La famosa actriz norteamericana Catalina Howard, paseándose por las calles de Nueva York con el traje chino. FOT. HUGELMANN

interpretado este as-

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA



"LA ESFERA" Y "MUNDO GRAFICO"

ÚNICOS AGENTES PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA:

ORTIGOSA Y COMP.^a, Rivadavia, 698, Buenos Aires

NOTA Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes SRES. ORTIGOSA Y C.^a, únicas personas autorizadas.

COMPAÑY

FOTÓGRAFO

29, FUENCARRAL, 29



**IODASA
BELLOT**

para curar el reumatismo, Arterioesclerosis (vejez prematura), Artr. ti. mo, Es-crófala, Obesidad, Bronquitis c. ónica, Asma; como depurativo eficaz y para prevenir congestiones.
4,50 pts. frasco en todas las Farmacias.
Por mayor: F. BELLOT, MARTÍN DEL S. H. ROS, 63; Hijos C. Ulzurrun; Pérez, Martín; etc.

BIEDMA

FOTÓGRAFO

23, Alcalá, 23

Casa de primer orden ✦ Hay ascensor

Lea Ud. los viernes
La revista ilustrada

NUEVO MUNDO

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6 MADRID

Del Amor,

Del Dolor

y

Del Misterio

LIBRO DE POESÍAS

originales de

EMILIO CARRÉRE

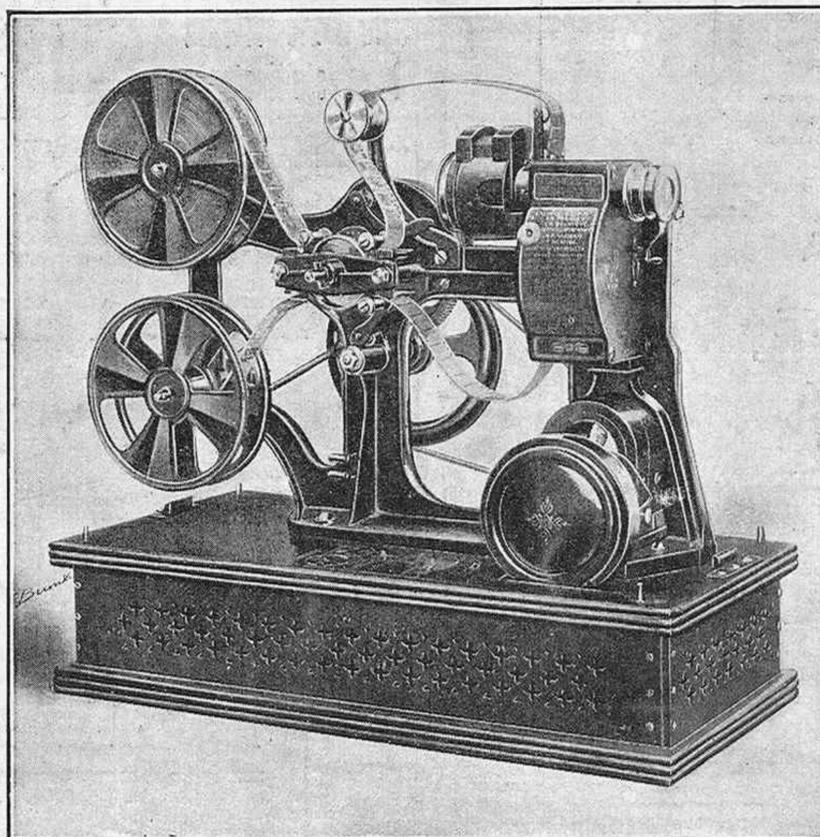
4 PESETAS

Pídase a "Prensa Gráfica" Hermosilla, 57, Madrid

CINEMATÓGRAFO



KOK



No necesita instalación especial; no exige operador:
un niño puede manejarlo sin el menor peligro * Las
películas son incombustibles * Puede enchufarse á
la instalación de una bombilla eléctrica corriente
y puede manejarse á mano

AGENTES EXCLUSIVOS PARA ESPAÑA Y PORTUGAL:

VILASECA Y LEDESMA

MAYOR, 18
: entresuelo :